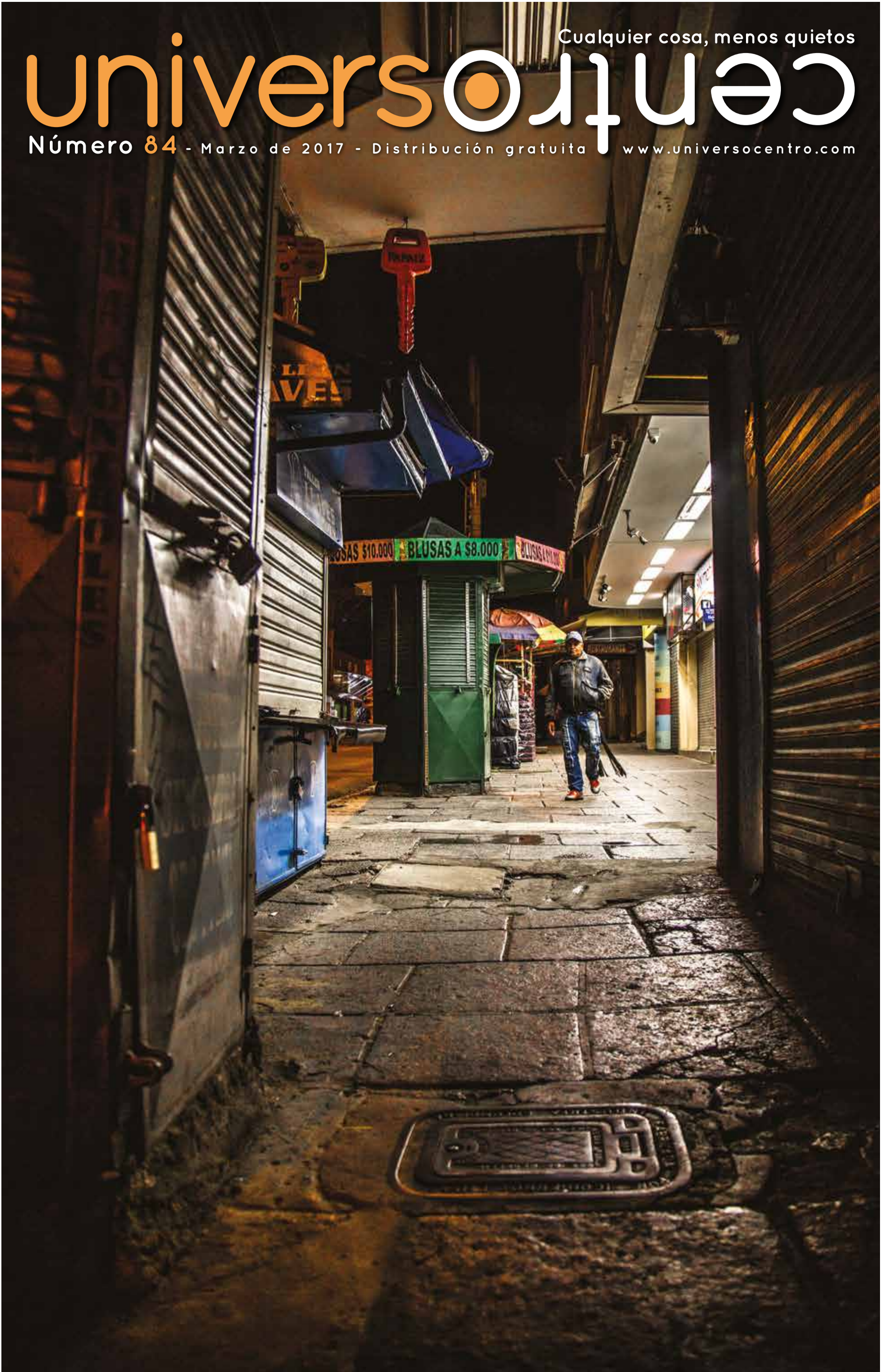


Cualquier cosa, menos quietos

universo **centro**

Número 84 - Marzo de 2017 - Distribución gratuita www.universocentro.com



6

El regreso de Ana Luisa

12

El Simio

14

Locura

18

Última noche en Manizales

22

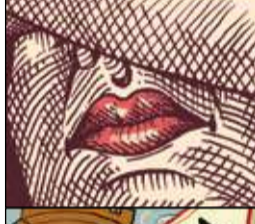
Microcuentos

26

La toma de La Bastilla

29

Falk, para los que llegaron tarde



DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA

- Juan Fernando Ospina

EDITOR

- Pascual Gaviria

COMITÉ EDITORIAL

- Fernando Mora Meléndez

- Guillermo Cardona

- David E. Guzmán

- Andrés Delgado

- Anamaría Bedoya

- María Isabel Naranjo

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

- Gretel Álvarez

DISTRIBUCIÓN

- Erika, Didier, Daniel y Gustavo

CORRECCIÓN

- Gloria Estrada

ASISTENTE

- Sandra Barrientos

Es una publicación mensual de la

Corporación Universo Centro

Número 84 - Marzo 2017

20.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

W W W . U N I V E R S O C E N T R O . C O M

Pambelé vs. Rocky



Yomaira Grandett, *El Tiempo*.

La foto de Yomaira Grandett, publicada por el periódico *El Tiempo*, en el coliseo Bernardo Caraballo de Cartagena muestra a un hombre de pie frente al espejo que siempre le pusieron como ejemplo. El hombre, Antonio Cervantes, mira la cara fría de Rodrigo Valdés, sus ojos cerrados, su boca guardando para siempre el oro de sus dientes. El vidrio que los separa impone una distancia insalvable a dos peleadores que partieron desde la misma esquina: los mercados populares, la marginalidad, los gimnasios de barrio. Cervantes como lustrabotas en Bazurto y Valdés como pescador con dinamita en Bocachica. Parece que nadie en el coliseo se ocupa del ritual funerario entre dos viejos vecinos de Turbaco y Crespo. Cervantes impone las manos sobre la imagen de su compañero de lides y recuerda los sermones oídos mil veces, los llamados a la humildad, al temor, a las rutinas mansas de los jubilados y los loteros de parque. Tal vez incluso recuerde los reproches de su amigo: "A él lo abrazó la fama de una manera más rápida. Se juntó inmediatamente con los grandes de la política y la farándula, parece ser que olvidó lo suyo. Yo me mantuve con lo mío, con mi gente, con el público que me vio crecer, siempre lo frecuento, nunca lo olvido. Pambelé a pesar de ser otro campeón como yo, cuando consiguió el título se sintió grande, pensaba que la corona le iba a durar toda la vida".

A Cervantes comienzan a zumbarle los oídos, le duele la frente. Ya los fotógrafos han logrado imágenes de la escena improbable. La despedida silenciosa del ícono de los excesos al hombre ejemplar para los retratos de las escuelas. El boxeador que ganaba lo necesario para la fiesta, que despilfarraba su botín en las jumas de la Caracas de los ochenta, frente al cadáver del pugilista que guardaba con celo su bolsa ganada en compañía de los actores de los setenta en San Remo o Montecarlo.

Hoy Cervantes dice que se acuesta a las diez de la noche luego de ver el noticiero. Prefiere la casa a la calle. Valdés todavía gozaba de sus paseos de rutina a la Torre del Reloj y sus combates de dominó en Bazurto. Sus últimas fotos juntos parecen la escena de un campeón y un niño *amateur* que se arrima para lograr un recuerdo. Valdés con su anillo y sus cadenas de oro, con sus iniciales, RVH, brillando en sus dientes, su guayabera impecable. Cervantes con la camisa raída de la selección Colombia, una cadena de plata que recuerda algún empeño y una gorra prestada para disimular un poco sus ojos turbios y extraviados. Ya sumó un año de vida más que Valdés. Alguna pelea tenía que ganar. ☺



El Heraldó.

Líneas de bajo



por ANDRÉS FERREIRA

Ilustración: Cachorro

La papelería El Payaso, en la esquina de Cedeño y Ecuador, era el único local de Prado en el que había una fotocopiadora. Esa zona es hasta hoy un poco más que un sitio de paso céntrico, con muchos carros y poco comercio. En esa ruidosa inmovilidad, la papelería y variedades El Payaso se erigía para hacer posible que los niños del sector tuvieran dónde encontrarse y, en un caso hartamente urgente, los adultos corrieran el riesgo de ir a sacar una fotocopia.

Aquel día, un sábado a la tarde, yo corrí el riesgo. Las copias que debía sacar eran unas líneas de bajo, ejercicios musicales para tocar estándares de jazz. El libro en el que figuraban estas líneas tiene mucho valor para mí, y me daba alguna aprensión tener que exponerlo en ese lugar, pero ya se me hacía tarde para atravesar la ciudad con aquellas líneas de bajo ya prometidas a un amigo. No había tiempo de subir a Manrique, a la 45, a buscar una fotocopiadora, ni mucho menos bajar hasta la estación Prado, a la ya por aquel entonces moribunda Papelería Piloto: figuró ir al Payaso; tal vez yo tuviera suerte y me atendieran de inmediato.

Pero no: como de costumbre, había tres filas de personas delante del enrejado. La dueña del local, a quien llamaré aquí "doña señora", tenía dos chicas a su servicio, tal vez sus nietas, pero igual los niños tenían que repetir varias veces los sabores de las cremas que querían, al unísono. Los adultos (secretarías, universitarios, la señora gorda con la fórmula) se exasperaban y pedían agilizar el turno. Las chicas no paraban de moverse pero era una agitación desapegada, como si les importara un culo estar ahí o en cualquier otra parte. Doña señora tomaba el papel que un oficinista le pedía fotocopiar mientras preguntaba cuántas cremas había sacado Fulanita del refrigerador, justo antes de abrir ella misma el refrigerador y sacar otras dos cremas, dos apetitosas cremas de mora que sostenía en la misma mano con el papel a fotocopiar. Preguntaba

casi a los gritos: "¿Estas dos son pa quién?", y el niño era pequeñito, ella se tenía que agachar a entregarle. Una de las chicas nunca dejaba de sonreír.

Los murmullos siempre eran del tipo "Qué desespero" o "No vuelvo nunca más aquí", pero esta vez, como suele decirse, los ánimos estaban caldeados. A esa hora Ecuador se atascaba de buses y taxis, entonces teníamos bocinas como música de fondo. El color de la tarde era hermoso, eso sí. Doña señora comenzó su número: con una crema en cada mano, una de mora y una de coco, abrió los brazos y decía: "Qué pena con ustedes, me tienen que esperar. Si no les gusta, váyanse". Sí: nos daba la opción de irnos a Manrique o a la estación del metro; ella tal vez no supiera que tenía la única fotocopiadora en siete cuadras a la redonda... Nadie reviró en exceso: era una anciana. Miré el reloj de pared del local y comprobé que había estado aquí durante media hora. Realmente hubiera podido ir a Manrique y volver. No era la primera vez que me ocurría esto, así que dirigí mi rabia contra mí mismo, invocando el sentido común: ¿Cómo era posible que este fuera el único local de Prado con fotocopiadora? El barrio La Mansión estaba a un par de cuadras loma arriba, ahí tendría que haber una. Que no, que no había. Se me haría tarde de todos modos, así que "me llené de paciencia".

Llegó mi turno. Entregué el libro y me hice a un lado del enrejado, sin quitarle la vista de encima. Doña señora lo abrió de par en par, dejándolo sobre el vidrio de la fotocopiadora para ir a sacar más cremas del refrigerador. Pasaron uno o dos minutos. Al volver, alzó el libro, comprobó algo y lo dejó caer sobre el vidrio. Luego dejó caer la tapa. Ya no éramos tantos y la calle se había despejado un poco. "¿Cuántas copias?". "Una". "¿Una?". "Una".

Aquí viene el asunto. No tengo idea de cómo eran los rasgos de aquellos niños, pero recuerdo a uno de ellos con uno de esos aviones de icopor que yo mismo había tenido a

esa edad y que a estas alturas del siglo se consiguen, idénticos, los domingos en el cerro Nutibara. A partir de esto he querido explicarme el porqué de lo que dije, esa coincidencia con la que alimento el asombro. Y es que el asunto en sí no fue nada, como nada había pasado hasta aquel momento en aquella esquina al norte del Centro de Medellín: doña señora me entregó al fin el libro y la copia (le solicité una copia de dos páginas, pero ella me entregó una página). Lo abrí con desespero, porque ya había notado la anomalía, y vi que la página de las líneas de bajo tenía un doblez y una mancha de helado de arequipe. Doña señora y las chicas estaban en el otro extremo del local; se reían de un niño, o algo así. No dije nada: dejé la moneda de cien pesos en el minimotrador del enrejado y me alejé mientras murmuraba entre dientes, con mucha ira, la primera frase que se me vino a la mente: "Ojalá a esta vieja hijueputa le caiga un avión".

Eso fue todo. Limpié el libro y nunca más volví a aquel local. Un año y medio después me mudé del sector. Es decir, pasaron dos años entre aquella tarde de sábado en la que murmuré aquella frase del avión (tal vez pensaba nada más que en un avión de icopor) y la mañana de martes del año 2003 en la que una avioneta se estrelló contra el segundo piso de la casa en la que quedaba la papelería El Payaso.

Sí, una coincidencia. En el archivo digital de *El Tiempo* se lee que una anciana y su hija vivían en aquel segundo piso y que lograron salir con vida, gracias a la labor de los vecinos. Yo nunca supe si aquella anciana era doña señora, pero lo sospecho. La casa sigue hasta hoy en ruinas y en la reja metálica del local cerrado aún se leen algunas letras de El Payaso. Paso por allí algunas veces y siempre que lo hago me vuelve esa extraña mezcla de culpa y asombro, y pido por aquella coincidencia lacerante: desearle la muerte a otro es un sentimiento muy humano, pero así no, así no da *feeling*. ☺

HISTORIA AL LÍMITE

por PASCUAL GAVIRIA

El Chocó ha sido siempre un reino incierto y prometedor, un confin donde los cartógrafos no tenían más que dibujar algunos monstruos y suponer algunas líneas, donde los mapas eran más que nunca “verdades imaginadas”. Hace siglos su maraña escondía el veneno en las flechas tras las promesas del platino, como hoy sus ríos dejan rastros de lodo y mercurio a cambio del oro. Las primeras noticias de los colonizadores españoles dan cuenta de “una tierra muy doblada y montuosa” y de una “gente muy belicosa donde han desbaratado cinco o seis capitanes...”.

Las dudas aparecen con solo pronunciar la palabra Chocó. ¿El apellido del cacique Cogo, la voz embera *chóko* que señalaría “la gente de las ollas”, el vocablo amazónico *tschokó* que significa hombre en uno de sus sentidos? Lo único que está claro es que la voz comenzó como una alerta, una clave española para designar a un grupo de indios que se oponían a su llegada más allá de los límites que marcaban Antioquia, Anserma y Cartago.

En 1540 se utilizó por primera vez el término “provincia del Chocó” en las memorias de una de las campañas del mariscal Jorge Robledo. El Chocó y la región del Darién tuvieron la extraña particularidad de ser el escenario de las primeras poblaciones españolas en América y al mismo tiempo el último refugio contra lo que llamaban la “civilización”. Por algo los primeros mapas publicados en Europa, específicamente en Colonia y en Ámsterdam, de lo que hoy conocemos como Colombia tenían los nombres de “Culata D’Vraha” y “Antiqua Darienis”, en alusión a Santa María de la Antigua del Darién. Eran los tiempos de los principales piratas de la época, Morgan, Drake, Petit Pierre, Mans Weit, bebiendo del agua dulce del Atrato para atacar a Panamá y saquear los frágiles puntos españoles en la zona.

La historia administrativa del Chocó comienza, como casi todas en América, con una especie de reclamo de derechos de explotación. El capitán Andrés Gómez Hernández fue el más terco entre los debutantes españoles en las selvas del Chocó. Sus tres incursiones le dieron derecho a recibir en 1567 un encargo oficial para el mando sobre la “Gobernación del Chocó, Dabaibe y Valle del Baeza”. Como tantas veces con las utopías y los grandes proyectos en esa tierra, el título se quedó entre sellos reales, muy lejos del suelo húmedo y el capitán Gómez Hernández murió en Cartagena con sus “derechos” sobre el Chocó para enmarcar.

El primer mapa de la región también se trazó con la idea de un reclamo de propiedad. Muy pronto en toda esta historia llegan los encargos a otras provincias para el manejo de la gente y la tierra indócil. La gobernación del Chocó desapareció en 1596 cuando fue asumida por la gobernación de Popayán, una de las regiones claves en esta historia de tutelajes, explotación y asalto de linderos. El mapa fue presentado por el entonces

gobernador Melchior de Salazar, quien pretendía recuperar su gobernación luego de haber consolidado un primer asentamiento, cerca de Cartago, con un nombre tan sonoro como el suyo: Nuestra Señora de la Consolación de Toro. De modo que el primer mapa fue sobre todo un alarde de quien se creía despojado. Entre capitanes de otros tiempos y gobernadores actuales no siempre hay diferencias significativas.

En vista de que no era suficiente el trabajo de una sola gobernación para la “reducción” de los indígenas en el Chocó del siglo XVII, la corona decidió atacar desde varios frentes y entregó responsabilidades a las provincias de Antioquia, Cartagena y Panamá para acompañar lo que ya se hacía desde Popayán. Desde Urao, Antioquia, se enviaron tropas comandadas por el bachiller Antonio de Guzmán y Céspedes. Comenzó, entonces, el pulso de Popayán y Antioquia

por los dominios chocoanos. Los primeros consolidaron su poder en el alto Chocó con la ciudad de Nóvita como centro esclavista para la producción de oro. Los negros traídos desde Cartagena empujaron a los indígenas hasta las selvas más profundas y los señores payaneses tomaron posesión por mano ajena. En el Medio Atrato la disputa entre Antioquia y Popayán se acompañaba de la fuerte resistencia indígena. Al terminar el siglo, Popayán había ampliado sus fronteras administrativas y señalaba sus minas y sus reducciones de indígenas en réditos en los libros de contabilidad.

En 1717 se le volvió a dar título a la autonomía de la región con la creación de la Provincia del Chocó por órdenes de Felipe V. Sin embargo, ya los dueños habían tomado posesión y la burocracia real era paisaje para los terratenientes payaneses que tenían a las fiebres mientras soñaban con los lingotes de oro. El

Chocó ya era la región con el mayor número de esclavos negros de la Nueva Granada y punto privilegiado en la producción de oro para España. Académicos como William F. Sharp han tasado la producción de oro en el Chocó desde 1680 hasta 1810 en 375 000 libras. Valía la pena dar la pelea así fuera con pocos arriesgados a vivir en esas malsanas lejanías. Para 1778 la población de blancos de los cerca de 18 000 habitantes del Chocó llegaba apenas al 2%, los esclavos eran el 39% y los indios sumaban el 37%. La llegada de la independencia simplemente renovó las rutinas administrativas y en 1820 el Chocó pasó a formar parte de la gobernación de Cundinamarca. Hasta Santa Fe habían llegado las ambiciones por los siglos de relatos de esa tierra “rica” de gentes “miserables”. Solo dos años después la gobernación del Cauca había recuperado sus dominios sobre los cantones del Atrato y el San

Juan. Los hombres de las libreas ya estaban establecidos en la zona y la independencia fue sobre todo un asunto nuevos acentos gubernamentales.

Una ley de 1863 fijó los límites del “viejo Chocó” manteniendo las líneas que se habían marcado en la colonia. Los distritos de Turbo, León, Arboletes, Carepa y Chigorodó hacían parte de la geografía chocoana. Antioquia comenzaba a mover los hilos de los mapas, una manera incruenta de luchar por el territorio. Los mapas de Manuel Uribe Ángel en la *Geografía General del Estado de Antioquia*, publicada en 1895 en París, ya reclamaban derechos sobre la margen derecha del Atrato hasta la cordillera de Abibe y una porción de la costa sobre el Atlántico. Los caminos comenzaron a marcar nuevas rutas hacia el Chocó con iniciativas privadas que trabajaban desde Antioquia. Popayán estaba cada vez más lejos de la tierra que había dominado por siglos y que ahora reforzaba su comercio con Cartagena que incluía cacao, caucho y maderas además de oro. Nóvita había dejado de ser el centro y Quibdó comenzaba a tomar su sitio como capital económica y administrativa.

Antioquia seguía buscando su salida directa al mar con los instrumentos ilustres de la ciencia. Carlos Segismundo de Greiff, bisabuelo del poeta que cantó a sus ojos que no habían visto el mar, tenía en miras los caminos que buscaba Antioquia para llegar al mar por la vía del Atrato. Un mapa dio cuenta de los recorridos y las marcas geográficas. Desde el Chocó llegó la respuesta frente a ese mapa que según el jefe político Juan José Espada estaba plagado de “inexactitudes que se podían probar; y que talvez no ha tenido otro objeto que contribuir a la desmembración que pretende hacer a la Provincia del Chocó”. Desde esos días el gobierno antioqueño era señalado de sus intenciones expansionistas con la línea temblorosa de los mapas, la plata, los caminos, el comercio y la influencia política. Lo que pasa hoy con Belén de Bajirá pasó hace más de siglo y medio con el Cantón del Atrato. Era lógico que los mineros extranjeros trabajaran para sus socios y jefes en Antioquia. Era el tiempo de las rutas y los negocios antioqueños, pero igualmente, del “redescubrimiento” republicano con la Comisión Corográfica que encabezaba Agustín Codazzi y que constituía

la primera empresa científica que tocaba esas tierras con una visión más allá del oro, el platino, el caucho y las maderas.

Henry White también entregó un informe sobre los distritos de Frontino y Cañasgordas y una propuesta de camino al mar. No importaba que esos territorios por ley hicieran parte de la Provincia del Chocó. Antioquia planeaba su futuro más allá de los débiles hitos estatales, preparaba proyectos, hacía exploraciones, incentivaba poblamientos. No deja de ser paradójico que Luis Pérez, actual gobernador de Antioquia y visitador real de Belén de Bajirá, haya nacido en Cañasgordas, lo que lo convierte en un antioqueño con pasado y vocación chocoana, un hijo de colonos antioqueños en tierras del “viejo Chocó”. Antioquia hacía entonces lo que hace hoy. Invertir, explorar y negociar para luego alegar posesión. Así lo hizo a finales del siglo XVIII con la fundación de pueblos y así lo hace hoy con las promesas de inversión por veinticinco mil millones de pesos en Belén de Bajirá.

Se podría suponer que el inicio del siglo XX con la separación de Panamá traería buenas noticias para el Chocó. La necesidad de atención luego de la lección panameña hacía pensar que el gobierno central intentaría llegar hasta las provincias amenazadas. Pero lo que se hizo fue sacar el bisturí para prevenir daños mayores y arreglar cuentas en medio de la creación de nuevos departamentos. Antioquia recibió la parte oriental del río Atrato y estrenó su Urabá antioqueño como compensación por la pérdida de territorio al erigirse el departamento de Caldas. Chocó fue el comodín en medio del nuevo rompecabezas. Luego vendría una simple leguleyada del gobierno de Rafael Reyes que utilizó la figura de la intendencia que había permanecido sin estrenar y convirtió al Chocó en una entidad administrativa extraña, lista para nuevas mutaciones. Por esa vía perdió las poblaciones de Silencio, Versalles, Salmelia, Argelia y Cajamarca a manos del Valle, y a Pueblo Rico a manos de Caldas y hoy ubicado en el departamento de Risaralda.

A pesar de la cantidad de mapas que se elaboraron para proyectos de minería, carreteras, posibles canales interoceánicos y cables aéreos, solo hasta 1928 se tuvo un mapa geográfico y político de la intendencia del Chocó firmado por la Oficina

de Longitudes del Ministerio de Relaciones Exteriores. Un poco más de quince años más tarde se terminaba la carretera entre Medellín y Quibdó que cambió la ruta cosmopolita y el puerto de Cartagena por las mercancías que llegaban desde el mercado de Guayaquil, un puerto seco en el Centro de Medellín. Los tenderos paisas comenzaron a reemplazar a los siriolibaneses. En 1947 la intendencia se olvidaba de su condición contrahecha y el Chocó era al fin legalmente un departamento. La organización del Comité de Acción Chocoana fue vital para que se tomara esa decisión que parecía garantizar a los chocoanos límites ciertos, burocracia propia y reconocimiento político y cultural. En 1957 fue famosa la crónica de García Márquez titulada *Historia íntima de una manifestación de 400 horas*. La “formidable batalla cívica” sirvió para demostrar que el fantasma de la desmembración del territorio no había desaparecido, y para dar un parte de cómo estaba la carretera luego de veintidós horas de viaje desde Medellín: “Fundar otra vez a Quibdó costaría tanto trabajo como hace 200 años”. El nombramiento de un gobernador militar dio a entender que un nuevo recorte a los bordes brillantes del mapa chocoano estaba cerca. Al final, todo se saldó en calma con el canto de *Lamento chocoano*, una canción compuesta por un maestro de escuela según la crónica de García Márquez.

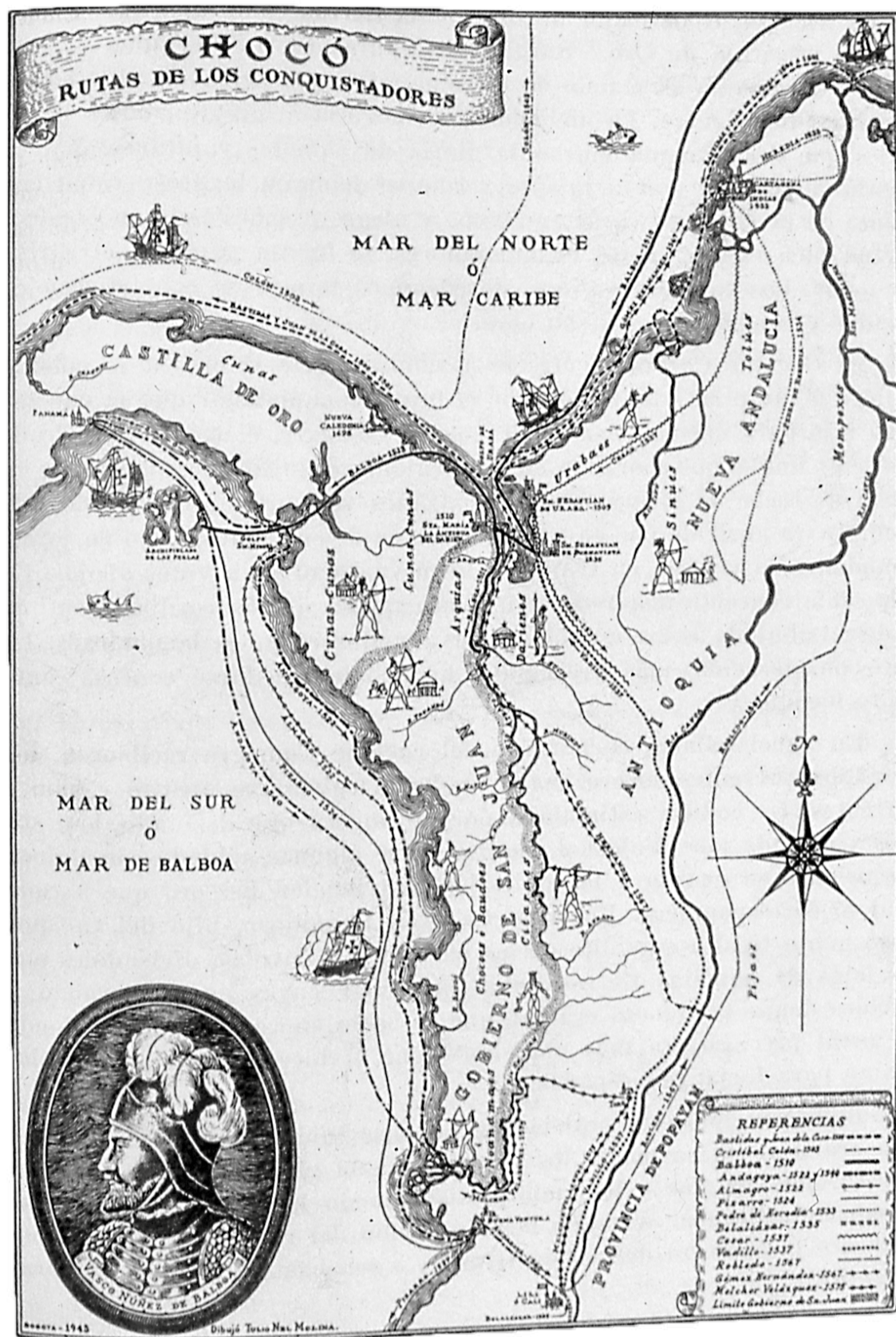
Han pasado sesenta años desde la publicación de las cuatro crónicas chocoanas de García Márquez en *El Espectador* y el Chocó todavía debe pelear por sus límites. A finales del año pasado el Instituto Geográfico Agustín Codazzi, el mismo que en la década del sesenta publicó los mapas oficiales del Chocó con su información ecológica, su geografía física y su ecología vegetal, entregó al Congreso un informe donde confirmaba los límites legales definidos en la Ley 13 de 1947. La respuesta de Antioquia fue la presión de sus treinta congresistas -frente a dos del Chocó-, la idea de la Asamblea Departamental de declarar a persona no grata al director del Agustín Codazzi y la visita con aires de comprador de tierras del gobernador Luis Pérez a Belén de Bajirá.

Hace siglos los soldados hacían las “reducciones indígenas” para allanar el camino de las pretensiones departamentales y los ingenieros dibujaban los mapas y

presentaban los proyectos para generar hechos cumplidos. En la zona los paras actuaron hace años como capitanes de las “reducciones” actuales. En 2001 se creó la Asociación de Productores Agrícolas de Belén de Bajirá (Asoprobeba) que tenía como representante legal a Sor Teresa Gómez, la mano derecha de Vicente Castaño condenada hace poco a doce años de cárcel por los delitos de destrucción y apropiación de bienes protegidos, deportación, expulsión, traslado o desplazamiento forzado de población civil, lavado de activos y concierto para delinquir. Los cultivos de palma en las cuencas de los ríos Jiguamiandó y Curvaradó estuvieron acompañados de los métodos acostumbrados por los “capitanes” Castaño y sus ejércitos. De otra parte, ahora los ingenieros no son White ni de Greiff sino empleados anónimos de la Anglo Gold Ashanti y la Continental Gold que obtuvieron títulos durante el gobierno de Álvaro Uribe.

En 1983 Antioquia intentó agregar a Ríosucio jalando la población y el lindero con los cables de energía. Buscando que la provisión de servicios públicos fuera retribuida con una factura en los mapas nacionales. Como bien lo decía hace poco la historiadora Tatiana Acevedo, Antioquia quiere inventar una lógica según la cual “si inporto es mío”. Esa misma idea la confirmó Freddy Lloreda, delegado de la gobernación del Chocó frente al deslinde de Belén de Bajirá, quien con su maletín con cuatro mapas bien doblados dijo hace unos días que Antioquia tiene “la forma de actuar de los gamonales que consideran que la razón de la fuerza se debe imponer sobre la fuerza de la razón...”. A los funcionarios del Chocó les queda defenderse con algo de verdad y grandilocuencia. Hace más de un siglo los esclavos negros podían pagar su libertad en el Chocó y trabajar de más para lograrlo. Ahora, Antioquia pretende que los municipios y la gobernación del Chocó paguen por mantener sus linderos y su independencia administrativa. ©

*Este artículo está inspirado, en sus historias y sus datos, casi de manera íntegra por los mapas y el texto que acompañó la exposición *Chocó en la cartografía histórica. De territorio incierto a departamento de un país llamado Colombia*, escrito por el profesor Luis Fernando González E.



Tomado de *Geografía Económica de Colombia*, Tomo VI Chocó, 1943.



Alcalde de Tebada, provincia del Chocó. Manuel María Paz, acuarela, 1853.

El regreso de Ana Luisa

por FELIPE CHICA JIMÉNEZ

Ilustraciones: Señor OK

La mañana del 28 de diciembre de 2003, su madre le pidió de todas las maneras posibles que se quedara con ella, que algo iba a pasar, que no podía explicarle cómo lo sabía pero que estaba segura. Ana Luisa puso cara de rabia, cara de frustración, había estudiado la Ley 70 de comunidades negras para socializarla ante un grupo de jóvenes. También ultimaría detalles sobre el encuentro deportivo de Comunidades de Paz que ella misma había propuesto a fin de integrar a los jóvenes del Bajo Atrato que venían siendo reclutados forzosamente por guerrilleros y paramilitares.

Ana le obedeció a su mamá y se quedó en Chicaco, un diminuto caserío en medio de las selvas chocoanas. Se sentó en los escalones de la puerta a pensar en el desenlace del debate y en lo importante que hubiera sido su presencia como secretaria de la Asociación de Jóvenes de Comunidades de Paz. Ana le reprochaba a su madre con la mirada; ignoraba que en ese momento una unidad del frente 57 de las Farc-EP, comandada por Edwin Guzmán, alias Tuto, irrumpía a ráfagas de fusil en plena asamblea.

Al cabo de unas horas, un indígena embera llegó a su casa para entregarle una nota que decía “Piérdase malparida que sigue usted”. El indígena había sido enviado por alias Tuto. El significado de esas palabras lo vino a dimensionar cuando una prima suya llegó a su casa gritando:

—¡Lo mataron, Ana, lo mataron, vienen por usted!

Su compañero Edwin Ortega acababa de ser acribillado en plena asamblea. Él, a sus 21 años, era el presidente de la Asociación y líder de reclamantes de tierras de Curbaradó. A Ana se le enfriaron los huesos cuando su prima repitió luego de tomar aire:

—Vienen por usted niña.

No podía decirle nada a su madre porque enloquecería, y tampoco a su padre que se haría matar por defenderla. En cuestión de segundos repasó todas sus posibilidades. Luego del asesinato, los guerrilleros se replegaron cerca de la aldea indígena de Chocoronito, estaba segura de que en la mañana siguiente vendrían por ella.

Su vecino Oscar Hernández era de esos mayores a quien todo el mundo respetaba, una especie de autoridad que no se contrariaba bajo ningún pretexto. Ana le tocó la puerta y lo hizo levantar del chinchorro para ponerlo al tanto. De inmediato ambos se pusieron en labores. Mientras ella buscaba gasolina entre los vecinos, él apilaba racimos de plátano a orillas del río Domingodó. Oscar posicionó el motor sobre su lancha y ambos definieron una hora para encontrarse. En ese instante Ana no sentía miedo. Entró en su casa y empacó en una pequeña cartera de cuero falso unos cuantos billetes, un par de calzones limpios y su cédula. Adentro, en la cocina, seguían inocentes de lo que ocurría, ella había procurado manejar la noticia con prudencia mientras escapaba. Oscar sabía que la cosa iba en serio. Recordó que en agosto de ese mismo año alias Tuto había enviado a un grupo de guerrilleros a la comunidad para asesinarla. La amarraron frente a él sin que pudiera hacer nada.

—Querían matarla supuestamente por ser informante de los paramilitares —recuerda el hombre—, pero ella logró convencer a los dos jóvenes guerrilleros para que la soltaran. Esta vez, Tuto iría en persona, pensó Oscar mientras escuchaba a Ana decirles a sus padres que se iba para Domingodó a entregar unos papeles del colegio.

Antes del amanecer se encontraron a un lado del río. Ella se acostó en el piso de la embarcación y él puso de borde a borde al interior de la lancha un tendido de tablas que la cubrirían de modo que su nariz rozaba con la madera. Ana vio cómo todo se iba poniendo oscuro, Oscar organizó los racimos de plátano sobre aquel tendido para terminar de camuflarla, empujó el bote y subió de un brinco.

Aquella madrugada una leve lluvia se estrellaba como polvo contra la cara de Oscar mientras avanzaba en la canoa. El río llevaba el color de la tierra, era el tiempo que le gustaba a él para cazar saínos. Miraba las orillas y los meandros, por ahora todo iba bien, Ana permanecía callada. Al cabo de unas horas el sol había salido lo suficiente como para que Oscar tuviera la



certeza de que la lancha que venía en su dirección estaba cargada con ocho guerrilleros de las Farc.

—Apague el motor, haga el favor don Oscar —dijo el jefe con una inesperada familiaridad.

Mientras maniobraba su embarcación hacia la orilla, Oscar pensó que todo se había acabado.

—Nos delataron niña. Aquí nos mataron —musitó con la mirada clavada en los plátanos.

—¿Cómo han estado las cosas por allá arriba? —preguntó el mismo hombre.

Por su tono de voz, Oscar creyó que tal vez no estaban enterados de lo sucedido en la asamblea el día anterior, podía ser otro frente guerrillero, tal vez el 58 que también solía patrullar cerca.

—Pues... por allá todo en orden señores, déjenme seguir que yo nunca me he metido con ustedes y les he colaborado cuando me lo han pedido —respondió nervioso.

—¿Y para dónde va tan madrugado un domingo, don Oscar?

—A ver si vendo estos platanitos en el pueblo, y si no me coge la noche hasta les traigo unos cigarrillos.

Los guerrilleros revisaron la panga con la vista y miraron a Oscar, que llevaba la camisa desabotonada dejando ver un tapete de pelos blancos en el pecho, de pies a cabeza. Por unos segundos no se escuchaba más que el sonido del agua corriendo y los sollozos de la selva; las canoas se mecían de un lado a otro. Oscar pensó en su familia. Ana escuchaba todo con el estómago revuelto.

—Piérdase viejo y no se olvide los cigarrillos —ordenó el comandante con tono frío y acento paisa.

La tropa siguió aguas arriba. A Oscar le temblaban las manos, miró al cielo y se echó la bendición mientras tiraba los quince caballos de fuerza de su motor. Ese día fue tal el susto que Oscar olvidó achicar el bote, así que Ana hizo todo el viaje con el agua empapándole la espalda. Cuando llegaron al caserío de Domingodó, él camufló la canoa entre los palafitos y retiró los racimos para que ella saliera con el sigilo de un animal silvestre. El viejo le lanzó una mirada cómplice y Ana le respondió con una mueca nerviosa. El plan de huida lo había ideado ella que acababa de cumplir quince años.

Siete años atrás Edwin Ortega había llegado con Ana y su familia a Pavarandó. Huían de las bombas, de “los mochacabezas”, como les decían a los paramilitares entonces. A finales de 1996. El general del Ejército Nacional, Rito Alejo del Río se alió con narcotraficantes y paramilitares con el pretexto de “limpiar” la zona de comunistas y guerrilleros. La intervención recibió el nombre de Operación Génesis y desplazó a 54 108 personas, según el Registro Único de Víctimas. La Corte Interamericana de Derechos Humanos juzgó el caso como un crimen de Estado.

Ana tenía entonces nueve años y vino a entender lo que estaba pasando a medida que ayudaba en la construcción de albergues temporales de la mano de Edwin. Se había acumulado tanta gente en el lugar que el 3 de marzo de 1997 llegó una comisión de sacerdotes claretianos con ayuda humanitaria. De inmediato ella asumió asuntos de logística comunitaria, registro de familias, datos de víctimas, lo que fuera con tal de hacerle frente a una realidad que convirtió a Pavarandó en el campo de refugiados más grande en la historia de Chocó.

El frente 57 y el bloque Elmer Cárdenas de las autodefensas se disputaban el Bajo Atrato, y el oscuro lema de “O estás conmigo o estás contra mí” desató una cadena de chivos expiatorios que puso en la mira a los jóvenes. La respuesta a la persecución fue conformar Comunidades de Paz con el apoyo de agentes externos.

Tras el asesinato de Edwin, Ana concentró su trabajo en Domingodó sabiendo que no tendría muchas garantías de seguridad. De la mano de un joven llamado José Lince asumió las riendas de la organización. Un par de meses después José se enteró de que lo buscaban hombres armados, en la huida fue asesinado en el pueblo de Truanadó. Una guerrilla cuya bandera era la

lucha popular no podía aceptar de buenas a primeras que líderes sociales y comunidades se declararan neutrales ante el despojo de tierras que venía sucediendo en esa zona de Urabá y límites con Panamá.

Al mismo tiempo, los paramilitares imponían su barbarie sobre pequeños poblados. Muerto José, Ana sabía que todo minuto en el Bajo Atrato era tentar a la muerte. Dicen los que la vieron por esos días que en medio de todo lucía alegre y optimista. Pensó en un nuevo plan de escape. Recordó que días atrás un extranjero de ojos claros llamado Carmelo había pasado por esas tierras. Trabajaba para la Pastoral Social de Apartadó y decidió contactarlo. Carmelo la atendió y a su vez le presentó a Eduardo Vega, del Centro de Investigación y Educación Popular (Cinep). Juntos llegaron a Domingodó a evaluar la situación de Ana. La lancha en la que viajaban traía una bandera blanca en signo de paz. San José de Apartadó, de donde venían, era para esa fecha una aldea con pretensiones urbanas en medio de un desierto de banano. Ana los convenció para que se la llevaran lejos y en cuestión de días estaba en un avión rumbo a Bogotá.

Pocas cosas dicen más del carácter de una persona que sus formas de burlar la muerte. Su más peligroso acecho fue el tedio de vivir en la Colombia urbana donde la indiferencia se expande como una plaga. Pese a que fue dejando atributos de su proceso de maduración regados por las calles, en Bogotá dejó la ingenuidad y en Medellín el miedo. Cuando quedó en embarazo decidió volver a Urabá para no irse más.

Es 30 de enero de 2017 y Ana se termina de bañar. Las aguas del río Atrato se han desbordado como de costumbre en Riosucio dando la impresión de que el pueblo entero es una maqueta flotante. Desde su puerta se alcanzan a ver

sus tres hijos saltando al agua desde los puentes palafíticos. Nadan, se zambullen y en instantes sus cabezas reaparecen sonrientes.

El gobierno de Juan Manuel Santos y la guerrilla de las Farc-EP firmaron dos meses atrás un segundo acuerdo para terminar con el conflicto armado. Las partes fijaron el 1 de diciembre de 2016 como hora cero para iniciar la concentración y entregar las armas. La negociación fue difícil y pasó por momentos críticos como la votación negativa del plebiscito del 2 de octubre, aun así se logró sacar adelante el acuerdo pero quedaba la desconfianza de parte y parte.

Con un dulce grito Ana informa a sus hijos que ella debe salir y de ahora en adelante quedan bajo el cuidado de su padre. Se tercia la mochila y camina rumbo a la sede de la Asociación de Comunidades del Bajo Atrato (Ascoba), allá otros líderes la esperan. En las instalaciones se les ve planificando, se visten con distintivos organizacionales y se montan en la panga.

Desde temprano los guerrilleros del frente 57 habían dejado su habitual selva para atravesar el río y descargar sus fardos sobre las playas arenosas del Curbaradó, en la vereda Las Brisas. El gobierno tendría allí a sus representantes al igual que la Organización de Naciones Unidas, pensaba Ana. La gente de Ascoba, encargada de apoyar el retorno de las familias desplazadas, consideró que en el ambiente turbado y peligroso de Urabá, este momento histórico, debía contar con la participación de la sociedad civil. A la idea la llamaron Comité Cívico para la Verificación del Acuerdo de Paz del Bajo Atrato, la figura no se concretó en el acuerdo, pero ahí va, contradiciendo la corriente del Atrato, y con una mujer a la cabeza.

—Buenos días —dijo el hombre sin soltar su fusil.

—Buenas, nosotros somos el Comité Cívico para la Verificación del Acuerdo de Paz —respondió Ana. ©



Un día después del martes

por JOAQUÍN MATTOS OMAR

Ilustración: Sebastián Rubiano



Lo despertó el dolor de cabeza y, poco a poco, no sin cierto esfuerzo, la conciencia lo puso en antecedentes: aquel era el segundo día de su nueva vida de octogenario y la resaca que lo agobiaba era un estrago natural de la parranda de su cumpleaños que se había prolongado hasta después de la media noche.

Era un miércoles cartagenero que prometía ser canicular, pero mitigado por las brisas frescas del mar: miércoles 7 de marzo de 2007. Gabriel García Márquez se levantó, mientras Mercedes, con soñolienta pereza, cambió de posición en la cama. Caminó hasta el cuarto de baño y, mirándose a la cara con detenimiento en el espejo redondo de cromo pulido, le musitó a su propia imagen, repitiendo de memoria una frase que alguna vez, mucho tiempo atrás, le había dicho a su amigo Alfonso Fuenmayor: "Es un verdadero milagro que aún estemos vivos".

Luego de tomar una ducha, se sentó en la confortable poltrona de su estudio y, pensativo, empezó a recordar todo cuanto se había dicho y vuelto a decir de él durante la noche anterior y los días que la precedieron, lo que resonaba en su cabeza como un confuso y creciente rumor: "El ciudadano colombiano más destacado de toda la historia del país... el único colombiano inmortal... el compatriota de leyenda... el más grande escritor vivo en lengua castellana... el más grande escritor vivo del planeta... el patriarca de las letras... el mago de las palabras... el premio Nobel de Literatura... el premio Nobel de Literatura... el premio Nobel de Literatura...".

Sacudió la cabeza. Y se sintió asaltado por dos sentimientos encontrados: por un lado, una especie de plenitud producida por la satisfacción de haber logrado, en un grado rigurosamente insuperable, la meta que se había propuesto cuando era apenas un jovencito de dieciocho años: "Ser un escritor de los grandes"; y, por otro, esa sensación desolada que él mismo había llamado en otra ocasión "la soledad de la fama".

Bajo la influencia de este último sentimiento, le resultó de pronto absolutamente extraño el hecho de que su cumpleaños —que, hasta sus cuarenta años, había sido siempre, como suele

serlo para el común de la gente, un momento íntimo, una fiesta circunscrita al estrecho círculo de su familia y de sus amigos más cercanos— hubiera terminado por ser un acontecimiento universal, histórico, solemne, celebrado con pompas jubilares en todo el mundo y destacado con abrumador despliegue por todos los medios de comunicación nacionales e internacionales.

No pudo evitar entonces la rara sensación de que el individuo así celebrado, aunque se llamara también Gabriel García Márquez, era otro, completamente ajeno a él, quien era tan solo el hombre silencioso y pensativo que ahora estaba sentado en una poltrona de su casa, como un vecino más de una ciudad que para él, en ese momento, no era otra que la ciudad calurosa y llena de zancudos en que, por años, había compartido con sus padres y sus diez hermanos los duros esfuerzos diarios por la supervivencia.

Pero, pasados algunos minutos, y después de ver una fotografía suya colgada en una de las paredes, en que aparecía él, vestido con un liquillique como el que solía ponerse su abuelo Papalelo en las ocasiones especiales, recibiendo la insignia del Premio Nobel de Literatura de manos del rey Carlos Gustavo de Suecia, aterrizó de nuevo en la realidad: el hombre objeto de tantos festejos públicos era, en efecto, él mismo; él, y nadie más que él, era el hombre grande de quien todos hablaban, el colombiano más importante y más famoso de toda la bola del mundo.

Mientras trataba de resignarse a ello, oyó una voz desconocida que le decía: "Estás en la cumbre; el Olimpo, con todo lo elevado que es, termina ahí, bajo tus pies. Ya no te queda un

solo palmo por escalar, ya no hay ni siquiera un mínimo *más-arriba* que tengas el reto de remontar". Sintió una especie de vértigo, teñido de cierta tristeza, y, llevado por un impulso espontáneo, le preguntó en voz baja a aquella voz silenciosa: "Entonces, ¿ahora qué hago?".

No obtuvo respuesta, pero la pregunta lo llevó a desear de súbito, con una fuerza apremiante, que todo regresara a los comienzos, que el tiempo retornara a sus fuentes y lo instalara otra vez en el punto de partida, de modo que volviera a ver, alzando los ojos, y a través de una pequeña y polvorienta ventana (y no el lujoso ventanal de cristal que ahora tenía a su lado), la cima lejana, remota, que se perdía en las alturas celestes, mientras él, sentado de nuevo frente a una vieja Underwood, martillaba las teclas redondas con estrépito y desespero, en el silencio de la madrugada, en medio del calor de la muerta sala de redacción de *El Herald*, en el viejo centro de Barranquilla, batallando con su primera novela, enfrentándola con las armas de todos los recursos y trucos literarios que había aprendido hasta entonces, esforzándose por redondear esa escena en que, recién llegado a la casa del coronel en Macondo, el excéntrico médico extranjero es invitado a sentarse a almorzar a una mesa espléndida preparada por Adelaida, la esposa del viejo militar, y el visitante los sorprende entonces diciéndoles que lo agradece, pero no, que él solo come hierba, hierba como la que comen los burros y las vacas.

De esta placentera ensañación, o fantasía, lo sacó la amable voz de Mercedes, quien apareció diciéndole, con el teléfono portátil en una mano: "Gabito, te llaman del *New York Times*", mientras espantaba con elegantes manotazos de la otra cuatro mariposas amarillas que revoloteaban en la estancia y que eran parte de los restos del jolgorio de la noche anterior.

Entonces comprobó que no tenía escapatoria alguna: aquella llamada le acabó por confirmar que, para su infinita pesadumbre, su magnífica gloria de mierda —que le negaba el derecho a volver a disfrutar de ese estado de gracia que consiste en levitar entre las volutas de humo de las ilusiones de triunfo y de grandeza— era definitivamente irreversible. ☹



"Hombres cuyo país es un trozo azul de lejanía. Recorren parajes en cuyas blancas estaciones quieren desahogar el olvido." Juan Manuel Roca

CONFIAR COOPERATIVA FINANCIERA

ORQUESTA SINFÓNICA EAFIT
Directora: Cecilia Espinosa Arango

Prats en concierto

VI Concierto de temporada 2017

Suite Nº 1 L'Arlesienne de G. Bizet
Sinfonía Nº 1 "Clásica", Op. 25 de S. Prokofiev
Concierto para Piano y Orquesta, Op. 54 de R. Schumann
Solista: Jorge Luis Prats (Cuba)

Miércoles 19 de abril, 8:00 p.m., Teatro Metropolitano
Boletería: \$20.000, \$40.000 y \$60.000
(20% de descuento para estudiantes y eafitenses)

INFORMES: Teléfono 261 9500 ext. 9732 | www.eafit.edu.co/sinfonica | @SinfonicaEAFIT | Orquesta Sinfónica EAFIT

ORQUESTA SINFÓNICA EAFIT
Directora: Cecilia Espinosa Arango

V Concierto de temporada 2017

Mass in Blue

Will Todd (estreno en Colombia) *misa jazz*

Coros Arcadia & Tonos Humanos
Solista: Gisela Zivic (Soprano)
Sinfonía Nº 1 "Clásica" - S. Prokofiev

Jueves 6 de abril, 8:00 p.m., Auditorio Fundadores-Universidad EAFIT
Boletería: \$50.000 y \$35.000 (50% de descuento para adultos mayores, eafitenses y afiliados a Comfama) a la venta en el primer piso de Bloque 30 y al ingreso del concierto

INFORMES: Teléfono 261 9500 ext. 9732 | www.eafit.edu.co/sinfonica | @SinfonicaEAFIT | Orquesta Sinfónica EAFIT

—¿Tiene mucho afán?
—Sí, y esta escalera cada vez se demora más.
—Pero intente calmarse.
—¿Y cómo?, si no voy a alcanzar a llevarle esta gallinita a mi hija.
—¿Cuál gallina?
—La que llevo en el bolso.
—¿Usted lleva una gallina en el bolso?
—Sí, pero va muerta. Es pa cocinársela a mi hija. Y si no llego rápido, la voy a encontrar como a la gallina.
—¿Qué tiene su hija?
—Fiebre, vómito, virus, yo no sé.
—Pero puede que no sea grave.
—Ay, señorita, aquí lo mata a uno hasta una gripa, no ve que no hay ni puestos de salud.

Ituango, Antioquia



—¿Y cuántos viajes al día te hacés?
—Fijos cuatro y a veces seis, depende del clima.
—¿Y todo el tiempo cargando y descargando bultos?
—Sí, reina, así tal cual usted ve.
—Bueno, seis viajes en esas es bastante, ¿no?
—¿Bastante? Reina, esta vía no tiene ni cincuenta kilómetros y llevamos más de dos horas andándola.
—¿No tiene ni cincuenta kilómetros? A mí se me ha hecho eterna.
—¡A usted y a cualquiera, reina! Por mí me haría diez, quince viajes al día, pero este país no tiene vías. Ya ve, reina, a punta'e trochas nunca vamos a lograr ningún desarrollo.

Remedios, Antioquia

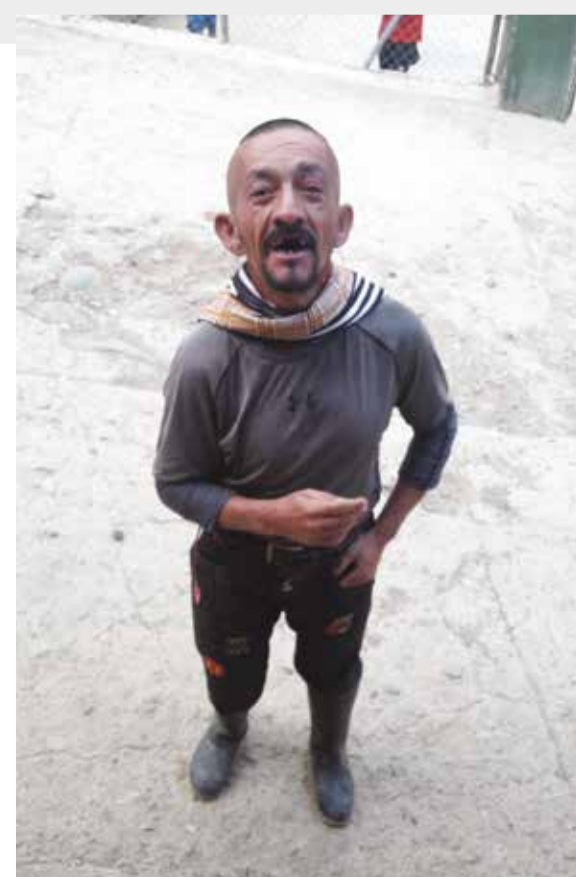


—¿Y qué le estás revisando?
—Es un parte médico. A Odín no lo podemos liberar sin dar antes un parte de salud.
—Sí, no me pueden liberar sin que digan que no estoy al borde de la muerte como dijeron todos los medios. ¡Que sí me da rabia eso! Yo que siempre salí afeitadito en los videos pa verme bien.
—Pero cansado sí te ves, Odín.
—¡Pero una cosa es cansado y otra cosa es moribundo! Si yo hasta comía mejor que la gente de estos caseríos, porque acá sí viven es de milagro, acá ni comida ni plata pa traerla.
—Usted no más diga, Odín, si quiere lo dejamos otro par de mesecitos.
—No, si no más le explico a la periodista que uno puede estar secuestrado, pero antes muerto que sencillo.

Noanamá, Chocó

—Tómeme una foto, tómeme una foto.
—No estoy tomando fotos, estoy intentando conectarme a internet.
—Tómeme una foto, tómeme una foto.
—Es que no estoy tomando fotos.
—Tómeme una foto... Tómeme una foto.
—Bueno, venga pues y le tomo una foto... Ya.
—A ver, yo veo.
—Vea, pues.
—Ah... Bueno, son mil.
—¿Mil qué?
—¡Mil pesos! Eh, cómo así, ¿entonces me dejo tomar fotos gratis?

Ituango, Antioquia



—¿Y usted cree en esto de la paz?
—¡Ay, madre! Nosotros solo estamos pensando en la tierra.
—¿Cómo así?
—Sí, que no nos la vayan a quitar.
—¿Por qué se las van a quitar?
—¡Ay, madre! Ahora que se vayan las Farc ahí sí rapidito el gobierno nos la expropia.
—¿Entonces usted no quería que la guerrilla se fuera? Es decir, ¿no cree en el proceso?
—Madre, aquí nadie quiere que se vayan. Esta gente era la que nos cuidaba la tierra, todos sabemos, para nadie es un secreto, que al gobierno el campesino es lo último que le importa. Con proceso o sin proceso. Ahora sí nos van a sacar de la tierra.

Anorí, Antioquia

La cámara puede servir para iniciar conversaciones difíciles, una ganzá para las primeras palabras. Los siguientes diálogos están inspirados por una foto pedida o prometida. El recorrido abarca municipios de Antioquia y Chocó en medio del conflicto y el acuerdo durante los últimos meses. Fotografías habladas.

Fotos a pie

por **ANDREA ALDANA**

Fotografías por la autora



—¿Y él es uno de los menores que van a salir de las Farc?
—Sí.
—¿Y por eso le están cortando el pelo? ¿Lo están arreglando?
—No. Eso es cosa de él. Dice que dizque quiere salir arregladito. Bonito.
—¿Y qué va a pasar con estos muchachos?
—Hay unos protocolos. La idea es protegerles sus derechos.
—Sí, pero, ¿qué va a pasar de verdad con estos muchachos?
—Yo no sé... Este dice que se devuelve.
—¿Cómo que se devuelve? ¿No es un menor?
—Este tiene 17 y está a dos meses de cumplir los 18.
—¿Y eso no sería reincidencia?
—¿Reincidencia en qué? Si cuando eso pase nosotros ya no vamos a ser un grupo armado.
—Bueno... ¿Y lo dejan entrar?, ¿así tan fácil?
—¿Y cómo no? Si para él su única familia somos nosotros.

Punto Transitorio de Normalización de las Farc, Colombia

—¿No te da susto? ¿Las guardias dan susto? ¿Y si nos atacan ahora, por ejemplo?
—Susto, no. Lo que pasa es que yo uno va aprendiendo que uno también tiene un fusil.
—Sí, pero un ataque ahora, o un combate, sería terrible para las negociaciones, Anabel.
—¡Ash, que pase lo que tenga que pasar! A mí ya me tienen es pero brava, también. Como ellos sí lo bombardean a uno a cada rato, le arrojan a uno unas bombas de mil libras, de esas con las que uno queda todo despedazado, como si uno no fuera ser humano también... Pero si la bala sale del fusil guerrillero ahí sí es terrorista. Ya me tienen es pero brava, también.

—Pero bueno. ¿Qué era lo que me estaba pidiendo? ¿Una toalla? Yo no uso toallas, acá es más fácil usar tampón. ¿Le traigo uno?... Bueno, pero hágame un favor, ¿sí ve a esa muchacha de allá, la que está con ellos en la reunión? Dígame que si me da permiso y yo dejo la guardia un momento para ir a traerle el tampón.
—¡Ay, Anabel!, ¡qué pena!
—¿Pena por qué?

—¿Cómo voy a ir a interrumpir una reunión sobre el proceso de paz con la guerrilla para pedir que me traigan un tampón? ¡Jesús!
—¡Dizque pena! ¡poíla! ¿Y es que acaso eso no es normal en las mujeres?

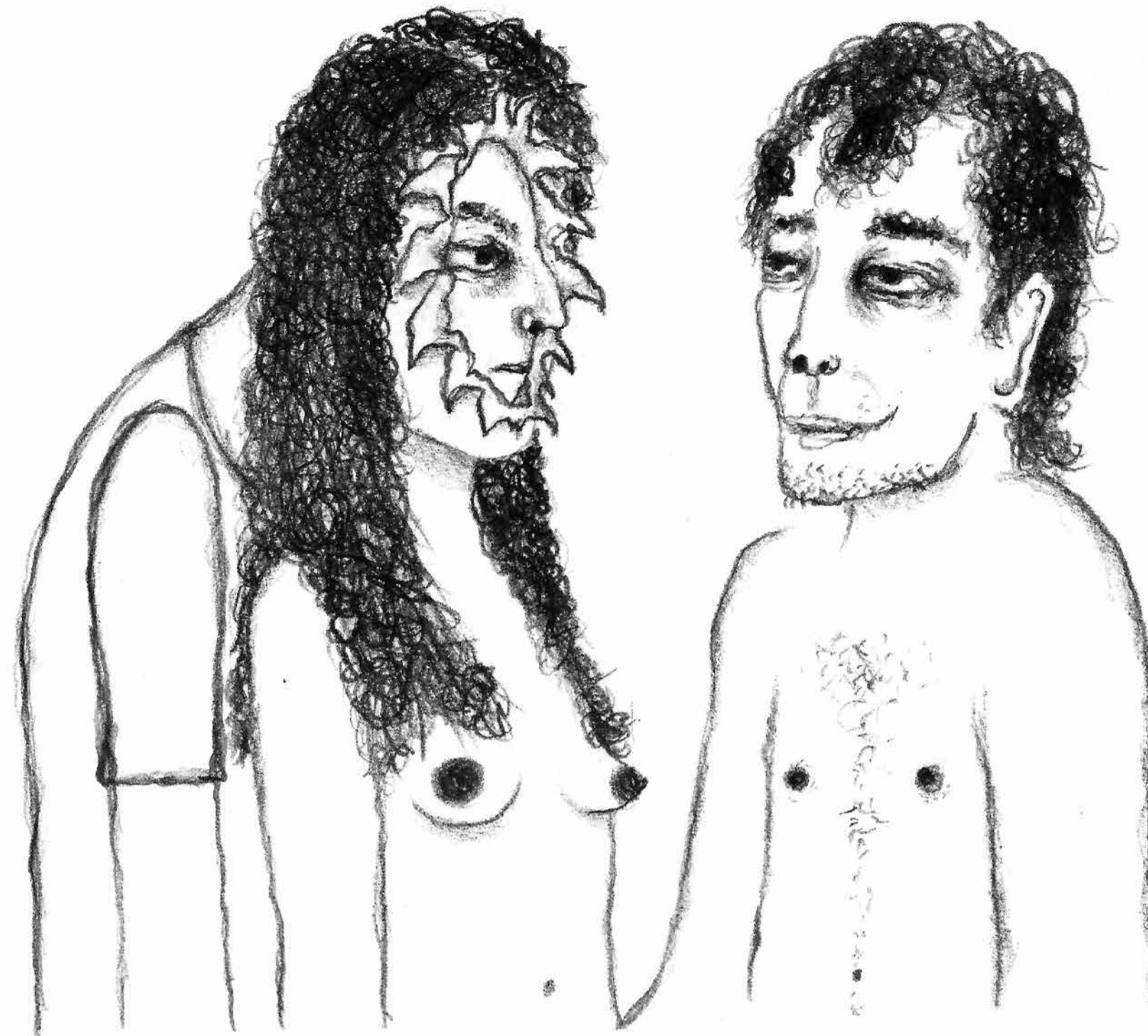
Selvas de Colombia



EL SIMIO

por JUAN FERNANDO RAMÍREZ ARANGO

Ilustración: Camila López



1. Salar de Uyuni

Desde 2011 el 2 de febrero es mi fecha más contradictoria. Ese miércoles negro, mientras celebrábamos nuestro cuarto aniversario, mi novia confesó su larga infidelidad. Inicialmente, yo pensé que era una broma pesada en respuesta a mi regalo de aniversario. Ella esperaba un libro de Virginie Despentes, pero yo le regalé una copa menstrual. Allí se sirvió el primer tequila. Después, supuse que era uno de sus juegos de motel que abría la puerta número dos, un santo y seña al sexo anal. Algo que solo hacía en su peor versión, la más condescendiente conmigo, cuando circulaban por su sangre entre cinco y siete tequilas. A esa altura de la noche, ella estaba en ese lapso incondicional, por lo que cualquiera de las dos alternativas podía ser viable: su infidelidad o asumirla como una lúdica previa a la sodomía. Yo opté por la segunda opción, seguirle el juego: ¿Por cuánto tiempo? Dos años. ¿Con quién? Un fotógrafo *free lance*. ¿Cuántas veces se acostaron? No más de diez. ¿Por qué tan pocas? Por su dromomanía. ¿Ahora está de viaje? Sí. ¿Adónde? Siempre la misma ruta de carretera. ¿Cuál? Quito, Buenos Aires, San Miguel de Tucumán, Salar de Uyuni, Isla del Sol, Cusco, Lima y Guayaquil. Por cierto, dijo que tu *top ten* de álbumes *post-rock* para acortar las troncales de la Panamericana es un chiste. Yo sonrío y ella continuó: prometió que me traería litio del Salar de Uyuni. Ese desierto de altura es la mayor reserva planetaria de ese metal, La Meca de los ingenieros químicos, él estudió ingeniería química, pero no la quiso ejercer. Ya que acerca del litio yo apenas conocía lo que da a entender Kurt Cobain en *Lithium*, que es un remedio para la bipolaridad peor que la enfermedad, representado en un joven que se refugia en la religión tras la muerte repentina de su novia, repliqué: ¿Para qué quieres litio del Salar de Uyuni? Su respuesta fue tan técnica que no vale la pena reproducirla.

Posdata: En 2015, mientras hacía el séptimo recorrido por la misma ruta de carretera, el Simio rodó un filminuto en cada una de esas ocho geografías, el *leitmotiv*, parejas estables. Curiosamente, la relación más duradera la registró en el Salar de Uyuni, dieciséis años. En 2016, reunidos bajo el título *Memorial sobre el amor*, esa octología fue nominada a mejor serie web documental en los premios FIS-MED. No ganó.

2. Tugboat

Enterarme de la larga infidelidad de mi novia me sumió en un estado de profunda anhedonia, luego, ya no la necesitaba como mujer objeto. No terminé con ella porque era el principal medio para alimentar mi nueva obsesión: saber todo lo posible acerca del Simio. Como todos mis interrogatorios terminaban conmigo perdiendo la cabeza, mi novia buscó un ambiente controlado: le pidió ayuda a la psicóloga de la Escuela de Microbiología de la U. de A., donde cursaba noveno semestre de pregrado, nueve semestres y nueve matrículas de honor. Como la psicóloga no estaba autorizada por la universidad para atender terapias de pareja lo hizo en su consultorio privado. Como nosotros no teníamos con qué pagarle, nos

sugirió que lo hiciéramos de manera simbólica, con cosas que apreciáramos bastante. Proyectó siete sesiones. Por cada una mi novia le daría a cambio seis rombos tejidos por ella misma que formarían una colcha de 42, a lo que yo sumaría un CD de mi discoteca por cada seis rombos. Siete álbumes con los que completaría la palabra GRACIAS, siguiendo el criterio por el que está organizada mi colección, nombre del artista. No sé si fue determinado por mi subconsciente, pero por la ge seleccioné el CD del grupo que interpreta la única canción que he dedicado en mi vida. Es más, la dediqué dos veces, pero ya se sabe que una dedicatoria no cuenta más allá de la primera ocasión. La segunda vez se la dediqué a mi novia. La primera, a la única mujer que se ha atrevido a dedicarme una canción. Se trata de *The Pilgrim, Chapter 33*, aquel poema de Kris Kristofferson cuyo cuarto verso del coro inspiró la creación del insomne Travis Bickle, a quien dio vida Robert De Niro en *Taxi driver*. Yo me sentí desconcertado ante el potencial paralelo, ya que de los veintisiete versos de la canción solo me identifiqué, precisamente, con aquel del coro: “Él es una contradicción andante, parte verdad y parte ficción”. Entonces hice lo mismo que hizo Travis Bickle con la mujer que lo definió así. So pretexto de haberla invitado a cine al Colombo Americano, terminé llevando a la chica que me dedicó *The Pilgrim, Chapter 33* a una sala triple equis, esto es, al legendario Sinfonía. Cuando seguimos de largo por el Colombo y desembocamos en la calle 54 a la altura de la Oriental, ella se percató de nuestro destino aquella tarde. La verdad, le importó un comino.

Posdata: El 9 de enero de 2017, día que separó nuestros cumpleaños por vigésima novena vez, en el 2x1 de lo mejor del 2016 del Colombo Americano, ambientando el final y los créditos de cierre de *Te prometo anarquía*, volví a escuchar después de muchos años la canción que dediqué doblemente. No bien empezó a sonar, mi novia me apretó la mano izquierda. Como si ese apretón fuera una sinestesia, retrotraje de súbito el olor a cloro del Sinfonía.

que empecé a sufrir de insomnio y a llenarla de listas en ciertas madrugadas que no pegaba el ojo. Eso es lo que aún no sana, saber que el Simio tocó mi agenda del 99. Incluso la he revisado hoja por hoja bajo luz ultravioleta buscando manchas de semen. Las manchas las encontré en su *F_c_book*, en donde ha publicado algunas de mis listas de manera fragmentaria. Cuando supe lo de mi agenda del 99, estallé de ira en plena sesión y prometí encarar al Simio. Sin embargo, sujeto a la advertencia de interrumpir el tratamiento, la psicóloga me prohibió cualquier contacto físico con él, dijo que yo llevaba muchos años reprimiendo ese sentimiento y que podría cometer una locura. Además, mi novia apaciguó un poco los ánimos al poner sobre la mesa que el Simio expresó mucha admiración por una de mis listas. Esa lista es mi cuarta gran obsesión y se deriva del agotamiento de la tercera. La tercera, *Rodrigo D. No Futuro*. La cuarta, películas extranjeras que mencionan a Medellín. Como no hubo prohibiciones virtuales, esa misma noche le remití un correo al Simio, explotando su mayor complejo físico, sus profundas entradas que apuntaban a calvicie prematura: “Calvo en menos de cinco años, 1825 días”. A partir de ahí, un conteo regresivo, diariamente le enviaba un número menos. Y surtió efecto, ahora usa un sombrero de la suerte en sus kilométricos viajes. Restando 134 días para finalizar el conteo el Simio respondió una sola palabra: “Sicario”. Se refería, creo yo, a la película de Denis Villeneuve, por entonces en cartelera, en donde se menciona a Medellín justo en el clímax de la narración: “Medellín tuvo una época en la que un solo grupo administraba toda la cadena del tráfico de drogas, lo que brindaba cierto orden que se podía controlar”.

Posdata: La única película de mi lista que vieron el Simio y mi novia juntos fue *Slacker* (1991), de Richard Linklater. Allí, un personaje identificado como *Been on the moon since the 50's*, obseso por la teoría de las conspiraciones, asegura que, anticipándose a las consecuencias del cambio climático, el gobierno estadounidense planea colonizar el espacio exterior, iniciativa financiada enteramente con los dineros del cartel de Medellín.

4. 3068217

Hasta ahora solo he tenido una oportunidad para desquitarme del Simio. Fue hace dos años, cuando promediaba su séptima travesía por Suramérica, tocando los ocho puntos geográficos referidos arriba. Aparte de filmar el material necesario para los filminutos que conformarían *Memorial sobre el amor*, el Simio se había trazado otro objetivo de ruta inédito: únicamente fotos análogas. A los veintinueve días de viaje subió una foto a Instagram que daba cuenta de ello: una carita feliz hecha con doce rollos, los ojos con cuatro de 35 mm y la boca con ocho de 120. Desafortunadamente, esa amplia sonrisa se desdibujó. Estando en Bariloche, límite sur de su recorrido, impelido por el paisaje de esa ciudad y por el afán de compartirlo al instante en las redes sociales, el Simio buscó su cámara digital por todos lados, pero no la encontró. Entonces publicó lo siguiente: “Me robaron la Nikon D800 en algún lugar entre Medellín y Bariloche. El serial es 3068217”. Ni corto ni perezoso, busqué ese tipo de cámara en Mercado Libre. Allí encontré una cuyo serial coincidía en cinco números con el publicado por el Simio, como si hubieran modificado el cero por un nueve y el uno por un cuatro. La ofrecía un tipo residente en Pasto, graduado del Liceo Militar de Boyacá, aficionado al *parkour*. Aunque era una ganga, el precio estaba mucho más allá del alcance de mi bolsillo, ni vendiendo mi colección de CD. Pensé en pedirle un préstamo a mi hermano menor, pero antes tenía que demostrar que esa era la Nikon D800 del examante de mi novia. Solo había una forma de hacerlo: abrí un correo anónimo y le remití aquel enlace de Mercado Libre al Simio. A los días, él lo compartió en sus redes sociales junto al enlace del *F_c_book* del tipo de Pasto, agregando que, a través de un familiar, ya había interpuesto una denuncia por hurto en la Fiscalía. Horas después, mi hermano me concedió el préstamo. Sin embargo, cuando fui a hacer la compra, tanto el *link* de Mercado Libre como el *F_c_book* del tipo de Pasto habían desaparecido... ©

3. Medellín

Haber escogido de primero ese CD como medio de pago le alojó la lengua a mi novia. Tanto, que con los audios de lo que escupió en las siete sesiones, más otra información que he recopilado desde aquel 2 de febrero estoy escribiendo un ejercicio largo titulado *Simio: biografía no autorizada del examante de mi novia*. Promediando la segunda sesión reveló el *modus operandi* de sus cópulas. *Grosso modo*, dos polvos por encuentro. Entre polvo y polvo descubrieron que si hablaban de mí, el tiempo de espera se acortaba y el segundo coito era tan bueno como el primero, pero en versión LP. Yo les servía de afrodisiaco. Según el Simio, más potente que la chuchuhuasha. Entonces mi novia quiso elevar la apuesta: decidió llevar a sus encuentros furtivos mi agenda de 1999, año en el

- Clases Personalizadas de Inglés y Español
- Traducciones
- Intérprete para trámites en el exterior

PERSONALIZED BILINGUAL TOUR GUIDE AND DRIVER

Contact: Luz González

321.888.2506 • luzpgonzalez@gmail.com

Profesora licenciada UPB, Guianza Turística del Sena

RESTAURANTE

la Bodeguita

HAVANERA

Transversal 39 # 75-10 Segundo parque de Laureles
Tels.: 5897000-3217235878 • labodeguitahavana@une.net.co
Música en vivo de miércoles a sábado
Un rincón cubano en Medellín

L o c u r a

por FÁBER AGUDELO

Ilustración: Ximena Escobar

A Jota Arturo Sánchez Trujillo

Muy poca gente se detiene a pensar cómo es la vida de un loco, de un enfermo mental, de un esquizofrénico, de un desequilibrado. Los ven de lejos, quisieran pensar que no existen, que ya se acabaron y que la locura es un asunto del pasado. Eso quisieran, pero ocurre algo muy distinto: los locos existen y salpican con su vida esa aparente normalidad en la que viven los cuerdos. No se trata de abalanzarnos sobre los cuerdos ni de decirles de una vez por todas el inmenso fastidio que nos causan por su incomprensión y sus ganas de no saber nada de nosotros. Los locos nos metemos debajo de las puertas y asustamos con pesadillas los buenos sueños de los razonables y los ajustados, no porque deseemos hacerlo sino porque nuestra vida toda es una imprecación, un alegato, un perfecto panfleto.

De nosotros los locos fluye una acusación que, aunque no lo queramos, surge de nuestra vida como una naturaleza primigenia. No necesitamos vestirnos con la toga de los magistrados para establecer acusaciones y determinar culpables. De una manera natural nosotros sabemos y acusamos. Nuestro oxígeno, totalmente viciado, no necesita diccionarios ni enciclopedias: odia con tal pureza que pareciera decirnos que su odio es su misma naturaleza. Tampoco las palabras que utilizamos tenemos que buscarlas en recónditos lugares de nuestro cerebro. Nuestras palabras asqueadas ya saben qué decir y cómo decirlo. No necesito decir lo que ya sabe todo el mundo y todo el mundo quiere olvidar, somos extraños, anómalos, raros, absurdos. No nos gusta la pelea, pero como buenas sabandijas abandonadas, respiramos y esa respiración por sí misma es un desacato y un insulto. Las

tercas manos de la obediencia, que quieren amansar al loco, fracasan. Allí los veo, a todos ellos, los amansadores, y no me cuesta trabajo reírme a carcajadas. Quieren curarnos y para eso nos muestran el mundo que los sanos y los sensatos han construido. Vengan, vengan, los estamos esperando, cojan las mejores butacas y vivan en el mundo normal que hemos creado para ustedes. ¡Pendejos! Si ya conocemos las torturas, los extravíos de ese mundo que nos proponen. No, gracias, les decimos, y les escupimos la cara. La invitación que nos hacen de ingresar al podrido mundo de ustedes insulta nuestra inteligencia, nuestras buenas maneras.

Yo los invito a que ingresen a nuestro mundo, a que lo recorran en todos sus pasadizos. Verán que no somos tan malos, sobre todo observarán la total limpieza de nuestras costumbres, cómo nuestro pensamiento no necesita escudarse en

nada porque siempre va directo al grano. No queremos engañar a nadie y tampoco queremos engañarnos. Vivimos dentro del odio y sabemos que ustedes quisieran matarnos a fuego limpio porque nos consideran una plaga que debería desaparecer. Ustedes nos odian a pesar de su famoso amor. No saben amar ni saben odiar. Nosotros nos hemos levantado en el odio y desde allí caminamos nuestras vidas sin los oropeles de las enanas apariencias. Los locos somos lo que somos. Los invitamos a entrar, no para que se refugien de miedo en las cuevas de los terrores, sino para que comprueben de una vez por todas que las mentiras que han dicho sobre nosotros no han hecho mella a nuestro amor por la verdad. No nos vamos a engañar, y lo que es más importante, no necesitamos engañarnos. Nuestro odio oscuro y perfecto mana sagrado y alcanza los últimos rincones de sus neuronas. Las lobotomías, los electrochoques, las pepas psiquiátricas, las mentiras de sus terapias no han menguado nuestra memoria y recordamos todo lo que ustedes han hecho en nuestras vidas.

Conocemos sin broma alguna una respiración inesperada que nos convoca al caos. Surge desde muy adentro y nos arrastra a sus dominios sin escuchar nuestros pobres lamentos. Es la locura. No ha sido tocada aún por las manos humanas y despliega su poder indiscutido

sobre el ancho firmamento de las neuronas de sus elegidos. No se viste esta señora con las vestimentas engañosas de la modernidad. Es desde mucho más atrás que viene cabalgando en el misterio de su poderío. Allí, en el mostrador del tiempo, ve pasar guerras y asesinatos y, con el gesto de quien ya sabe, corre hacia sí con el desparpajo que solo ella conoce. Está siempre en su lugar porque las preguntas de los sabuesos no han tocado una sola de sus superficies. Remota y tan cercana.

Les concedemos la razón: da miedo la locura porque su miseria es legítima y no necesita a nuevos o viejos dioses para definir su eterno enigma.

De verdad, no surge de ningún lugar y atraviesa las paradojas como si fueran lugares comunes. Es el destierro mismo y la Roma Imperial murió sin haberla conocido, y ahora, de nuevo, es desconocida y pavorosa: ataca desde todos los ángulos. Está aquí, dentro de nosotros los locos, y cuando los invitamos a conocerla, solo corren muertos de miedo como si fuera la más mortal de las enfermedades. Sabemos que ella es cruel. Cuando arranca el corazón de sus fieles no aparta su indecible silencio. Ella opaca con sus rayos al más ruidoso de los vientos.

Los locos estamos con ella y le oímos su respiración en los dominios de nuestra sangre. Todos los días y a toda hora la locura ataca nuestros bastiones.

Nosotros los locos lo sabemos y ustedes, que apenas murmuran burlas y excomuniones, no saben nada.

Yo no quiero herirles, pero solo puedo decir que los veo, a todos los que hablan de los locos sin ser locos, como unos comediantes pueriles a las órdenes de las cofradías de la cordura. No han entrado a la caverna de los gritos guturales y se atreven a lanzar prestidigitaciones y profecías.

Sin embargo, aquellos cerebros generosos que han intentado comprendernos sin el auxilio del látigo y la mazmorra son nuestros más pacientes aliados. A ellos, nuestro eterno agradecimiento, y a los otros, los que han masaculado la condena desde sus sotanas oscuras, nuestra eterna querrela. Porque la locura merece que se la respete, nos afanamos en escribir sobre ella las más solemnes y sabias palabras. Es que no hemos atravesado las largas caravanas de la multifacética ignorancia solo para pedir perdón para nuestras dolencias. Venimos a instalarnos en un alto tribunal para hablarles a las pobres gentes que pasan a nuestro lado, ausentes y ofendidas, de la terrible enfermedad, sin los eufemismos y desafueros de los sempiternos sabios de la mentira. Vamos a decirles, y lo diremos con la garganta enardecida: los locos somos seres humanos y ocupamos un lugar que no puede ser desmentido. ©



Por ti, estamos ahí
Cuidando el agua y conservando millones de metros de vida.

Protegemos más de 45 mil hectáreas de cuencas y trabajamos en alianza con otros actores del territorio para que pronto sean 137 mil hectáreas más de vida para todos.

Grupo.epm



He conocido personas que bebían a escondidas y se emborrachaban en público.
Georg Lichtenberg

Convocatoria UC: Pinte la lata
Arriba: Verónica Velásquez, Manuel Celis, Titania Mejía, Mario Tachack.
Abajo: Camilo Calad, Sara Cifuentes, Richard Polo, Corrosko.
2017

Última noche en Manizales

por CONSTANTINO VILLEGAS

Ilustración: Alejandra Congote

Sus manos eran abombadas, cianóticas como las de un náufrago que ha pasado días absorbiendo el salitre, y cada pliegue de sus palmas despuntaba en callos afilados. Las yemas de los dedos tenían el amarillo del pegante industrial. Cogió la pipa hecha de un rollo fotográfico unido a un tubo de acrílico, toda negra excepto en los bordes del platillo, que eran grises por incontables generaciones de ceniza calcificada. Yo esperaba la transformación monstruosa que muchos me habían advertido, y anhelaba estudiarla. Pero sus ojos seguían tan vivos como siempre, con destellos intermitentes de orgullo. Hinchó las fosas alargadas de esa nariz que heredé —y que tanto he detestado—, puso fuego sobre la mezcla que esperaba en el viejo tubo de fotografía, y aspiró con potencia. No hubo temblor. No hubo agitación. El aire se llenó de un olor a brea recalentada. Después de una exhalación muy lenta siguió tarareando la pieza de música clásica que brotaba, tímida, del radio. Los vapores quedaron suspendidos bajo un bombillo pelado de luz amarillosa, y sentí un zumbido martillando en las sienas.

Miré mis propias manos acolchadas con los dedos un poco gordos, como los de un chimpancé. Temblaban. Apenas un momento antes había tenido el brazo envuelto en llamas: estábamos fundiendo algo de plata en un crisol, él con un soplete de fierro que vomitaba una larga flama azul; yo con uno más pequeño, portátil, de joyería, que como tenía una fuga había que apretarlo contra una lata de combustible. Por torpe, por miedoso del fuego, no pude sostenerlo con firmeza. Mi padre apagó las llamas que me envolvieron la manga con un trapo sucio que calentaba para ponerme en la espalda cuando el dolor de la hernia era insoportable. Con ese mismo trapo ahuyentaba a Robin, nuestro gato negro, un verdadero diablo que vivía haciendo daños, escapando de noche y apareciendo a la madrugada con pájaros o ratones entre las fauces pintadas de sangre. Ponia la presa de caza sobre el mesón de la cocina, junto a las jarras de ácido clorhídrico y los frascos de soda cáustica. Nos miraba con orgullo. Luego maullaba estas palabras: “Aquí les traje, coman. Yo ya estoy lleno”.

Nosotros no estábamos llenos. Comíamos muy poco, pero llevábamos algunos días cocinando con gas y no en el miserable reverbero de alcohol que dejaba la comida impregnada de ese sabor que evoca una pobreza más triste que humillante. Él consiguió el gas por mí, aunque la fundición de la plata fue un pretexto adecuado. A mi hermano le daba lo mismo, era un espartano indiferente a los vapores del cocinero.

—Te falta comer vitamina M —decía.
—¿Qué es eso?
—Pues vitamina mierda, agüevado. Eres muy mimado. Y llegaste de Bogotá hablando como gomelo, qué pereza.

—Es que todo queda oliendo y sabiendo a gasolina, y me da mareo. Reímos con tanta gana por el incendio que lo despertamos, apareció en la cocina todo lagañoso. Una momia malhumorada recién salida del sarcófago.

Haciendo las veces de padre que regaña a dos niños impertinentes por pasar el tiempo en proyectos imaginarios, nos recordó que tenía que madrugar para ir a la universidad. Que le bajáramos al radio, que esas no eran horas. Que calláramos a ese granputo gato. Nuestro padre se hizo el loco y esquivó el regaño que me cayó todo a mí. Es cierto: ellos estaban más tranquilos antes de que yo llegara. Hacían sesiones de canto e iban con el coro de la sinfónica juvenil a presentarse ante el selectísimo público manizaleño, e incluso les quedaba tiempo para las fechorías, fueron a orinar las paredes del edificio de la alcaldía en señal de protesta cuando la ciudad estuvo dos semanas sin servicio de agua.

Intentamos bajar el volumen. Ahora me esforzaba por calibrar los sentidos para hacer mío todo el panorama, fijar los detalles de ese cuadro que habría de

ver varias veces más en circunstancias distintas: él, Jorge, mi padre, su frente cansada cubierta de sombras y sus manos viriles sosteniendo la pequeña pipa que él mismo fabricó con la mística con que hacía todo, soplando el humo negro con los ojos cerrados mientras con la voz acompañaba alguna melodía de Beethoven o de Mahler, o de quien estuviera de turno en la emisora. La puerta de la cocina daba a un patio inferior de ladrillos pálidos cubiertos por una tela de musgo fino ennegrecido por los gases del infiernillo de leña que usaron hasta poco antes de mi llegada. Por esta puerta entraba el viento fresco de una noche transparente, noche de julio que, sin embargo, era lo bastante fría para forzarnos a buscar abrigo: yo le pedía prestado un pantalón de mezclilla y un suéter de lana, mientras él empujaba su esqueleto dentro de un

cuello de tortuga verde. Ese hombre estoico que soportó toda clase de insultos de su familia —vago, cretino, drogadicto—, que conoció tan bien el hambre y la soledad, tiritaba de frío y necesitaba siempre el calor de su cuello de tortuga.

Indiferente, la plata se enfriaba en el crisol. Jorge puso la pipa en una repisa alta, detrás de unos tubos de ensayo, y aún hoy me pregunto por qué la escondía si nadie nos visitaba, si mi hermano y yo sabíamos todo. Ese pudor me conmovió. Muchos años después yo iría a desahuciarlo del apartamiento de mi abuela, y entre las cajas llenas de latas de cerveza y chatarra y las resmas de cartones que tocaban el techo, tendría que ver que había tendido con meticulosidad el colchón, que cuidaba las matas con cariño paterno, que se había afeitado con esmero, que tenía los zapatos bien lustrados y la camisa perfectamente planchada.

Después de la última exhalación, la voz se le engrosaba tanto que yo creía estar escuchando al mismísimo Iván Rebhoff. Con las pupilas temblonas me miraba como extrañado de encontrarme ahí, como si yo acabara de aparecer y él hubiera estado solo todo el tiempo.

—Pepino —me dijo— estamos haciendo plata, parcerito. Mirá esa belleza.
—Creo que me chamusqué el pelo.
—No te lo había dicho, pero estás muy mechudo. Aunque si así te gusta, qué carajos.

—Blas también está peludo. Y barbado. Ayer me contó que en la universidad le dicen Jesús y dizque le piden la bendición.
—A él también le he dicho que se baje esas greñas. Bueno, cada quién hace de su culo un balero. Lo importante es que tenemos la plata de un pelito, y luego sigue la cerveza. ¿Leíste las copias?

Abrí la boca despacio, buscando la manera de explicarle que esa lectura era obsoleta. No me dio tiempo. Afirmó las manos en el cinturón y aflojó la hebilla y corrió al baño, bajándose los pantalones mientras andaba. Aproveché para ir al que llamábamos cuarto útil, un desván sin luz repleto de libros, revistas, periódicos, juguetes de la niñez, muebles destartados y ropa raída. Ahí estaban las casi cien páginas copiadas de la enciclopedia Espasa Calpe de 1911: un artículo sobre la cerveza que abría con las bebidas a base de mijo que fabricaban los antiguos egipcios y remataba con diagramas minuciosos de tuberías de bronce que debían usarse para su refrigeración. Al lado, sobre una caja de juguetes, había un pequeño bulto amarillo que irradiaba un calor reconfortante. Ronroneó con amor cuando lo toqué por accidente y estiró las patas traseras dando un bostezo que pareció desencajarle la mandíbula. Era el otro gato, uno sin nombre al que llamaban porquería amarilla o gato marrano, pues era muy gordo y perezoso, y le tenía miedo hasta a su propia cola, que confundía con una culebra. Mi hermano lo detestaba por orinarse en su ropa y en los muebles y porque, a diferencia de Robin, nunca cazaba, siempre había que darle comida. Y siempre estaba hambreado. Como yo.

La porquería amarilla caminó como un fantasma hasta la cocina y empezó a maullar de hambre. Tomé del mesón el pájaro ensangrentado y vi que le faltaba un ojo, tenía en la cuenca una costra roja como un fruto confitado, y toda su cabeza estaba pegajosa. Sentí un filo desde las tripas hasta la garganta. ¿Cuánta

proteína podría sacarse de ese rígido saco de huesillos? ¿Y qué sabor tendría? Llevaba semanas sin comer carne. Puse el pájaro en el plato que compartían los gatos, con el ojo reventado hacia abajo. “Come pues, gato marrano”. Me miró con dulzura y soltó un maullido vibrante, un ronroneo en voz alta explicando que ya nos conocíamos lo suficiente como para que yo supiera que no iba a acercarse a un pájaro muerto. “¡Dame concentrado!”. ¿Pero de dónde iba a sacar cuidado a esa hora? ¿Y con qué plata? Saqué de la alacena una laminita de tortilla que estaba guardando para el desayuno, mordí la mitad y le di la otra parte al gato, que hacía un sonido divertido al comer, pues ni comiendo dejaba de ronronear en una mezcla de chasquidos gangosos con un motorcito eléctrico como bajo profundo. Dejé que su lengua carrasposa lamiera mis dedos de mico un momento. En eso volvió Jorge.

—¿Qué se le perdió, llavecita? ¿Quiere trapo o qué?

Al verlo, el gato marrano empezó a lanzar maullidos de emoción. Esto atrajo a Robin, que saltó hasta su plato y sacó el pájaro para ponerlo una vez más sobre el mesón, maullando con fanfarria.

—¡Vean a este! ¿Usted también quiere trapo? Aquí no hay nada para gatos. Chito pues, ¡silencio! ¡Largo de aquí!

Del cuarto salió un bramido:
—Eeh, vida hijueputa. ¡Dejen de alborotar a esos granmalparidos gatos! Me encontré con una mirada penosa y un murmullo:

—Jueputa, despertamos a Blas Emilio —y exhortó a los gatos—, vengan a ver, carechimbas. Desató un nudo de cabuya que protegía un cajón de la alacena y abrió la puerta.

—¿Por qué amarras esa puerta? —pregunté.

—Estos manes saben abrir los cajones y riegan el concentrado.
—¿Es que hay concentrado? Eh, yo dándole mi tortilla al marrano amarillo.
—¡Ja! Vos sí sos mera güimba.

Al oír el chirrido de los goznes, Robin y su amigo amarillo redoblaron los maullidos. Jorge los amenazó con el trapo sucio:

—No señores, no me van a dar un concierto a estas horas. ¿Concierto para delinquir? No me miren así. Cómanse su puta mierda, y a dormir.

Esparcí unos cuantos granos de cuido por todo el piso de la cocina. Es verdad que eran muy pocos, pero el todo era mantenerlos entretenidos un rato. Repitió varias veces “cómanse su puta mierda”, mientras sonreía al verlos cascar con sus colmillos las pepas con forma de hueso. Pronto sacó una manecada de una bolsa de papel, la partió en dos y me alargó el trozo más grande. A través de una sonrisa de pocos dientes murmuró “no le digamos a Blas”.

Al fin un poco de calma. Engullí la torta de un solo bocado y retomé las fotocopias. Empecé a hablarle de lo que leía, mientras él asentía o complementaba la información con algún dato curioso que tomaba de la enciclopedia de su cabeza. De una gaveta muy alta sacó un frasquito de alcohol desinfectante y sirvió una cuarta parte en un vaso whiskero. Llenó el resto con Frutiño de maracuyá diluido en agua. Mezcó la bebida con cuidado y paciencia. Seguía sonriendo.

—¿Qué estaba sonando ahorita? —le pregunté al verlo animado.

—La trucha, de Schubert.

—No no no, antes. Ya conozco *La trucha*. Lo de ahorita con un final muy potente.

—*Pini di Roma*, de Ottorino Respighi —respondió con parsimonia exagerando la doble t en Ottorino. Abrió el horno y sacó un Pielroja. Calentaba los cigarrillos dizque para suavizarlos. Se dio fuego y antes de soltar el humo, continuó:

—Un compositor menor, si me lo preguntas. Muy monótono para mi gusto. De esos que mi tío Carlos detesta, así como detesta con el alma a Stravinski.

—Carlos Gómez es un viejo cascarrias, ¿no?

—Sí y no —respondió soltando el humo—. Nadie sabe tanto de música clásica como él. Tiene una colección de vinilos una chimba.

Tomó un sorbo del refresco etílico y siguió fumando, encadenando volutas azules, imaginando o envidiando la gigantesca colección de discos de Carlos Gómez.

—Papi, el otro día vi el *Pájaro de fuego* con Blas. Lo dirigía ese que es muy joven y mechudo, ¿cómo es que se llama?... ¿Dudamel? Lo vimos en Film&Arts. Nos gustó mucho.

—A mí sí me gusta Stravinski, y Dudamel es un putas. Lo que pasa es que con los años uno se vuelve quisquilloso, uno va cogiendo mañas. Ahora, vaya usted a saber si uno no se amarga criando a dos hijos especiales como el Gordo y Ramiro. Son unas almas de Dios, pero también son, pues, retrasaditos.

Dijo *retrasaditos* en un suspiro casi inaudible, mirando a ambos lados y poniendo una mano junto a la boca como si Carlos Gómez estuviera cerca.

—Y la Beba es como agüevada, ¿no?
—¡Uf!... Llave, la propia güeva. Pero no hablemos así de ellos, que han sido muy queridos siempre.

Fumaba lejos de la cocina-laboratorio, pero a veces se acercaba a inspeccionar algún recipiente, agitar un líquido, raspar metales de un fundidor, o se concentraba en una reparación cotidiana. Se jactaba de nunca haber contratado a un electricista, plomero, herrero o mecánico, pues todo podía componerse si se entendía en funcionamiento de sus partes. Y si bien arreglaba cada cosa que se dañaba en la casa, también es cierto que desarmó y dañó muchas cosas que aún servían o que incluso estaban nuevas, pues no podía descansar hasta entender cómo funcionaban. Unos pocos aparatos se salvaron de su curiosidad y terminaron en la prendería. De resto, cosa que nos regalaban, cosa que desarmaba. Su escritorio de trabajo estaba lleno de tuercas y tornillos, cintas aislantes, trozos de cable, varillas de soldadura, pomadas, tarjetas de circuitos, y desde hacía poco tenía ahí también frascos repletos de pasto elefante y placas radiográficas recortadas allí donde había más sales de plata que podríamos lixiviar para fundir soplete en mano.

Después de poner unos puntos de soldadura en el *walkman* de mi hermano, tanteó la repisa alta buscando la plata que podríamos lixiviar para fundir soplete en mano.

Después de poner unos puntos de soldadura en el *walkman* de mi hermano, tanteó la repisa alta buscando la plata que podríamos lixiviar para fundir soplete en mano.

Después de poner unos puntos de soldadura en el *walkman* de mi hermano, tanteó la repisa alta buscando la plata que podríamos lixiviar para fundir soplete en mano.

fiado en las tiendas o “ejecutaba” a sus amigos para que le prestaran plata, que en últimas era regalada. Acerté a balbucear que no me importaba que lo hiciera, que no iba a juzgarlo. Eso pareció darle más pena aún.

—Yo esto lo tengo controlado, hermano. Hay unos pelaos que fuman y se desesperan, les entra la ansiedad, se asustan y se pegan de esa marica pipa toda la noche.

Su voz tomó el color de los años de docencia, cuando enseñaba francés en la Alianza. Hablaba de la experiencia, pero con el desasosonamiento de quien alecciona sobre el uso del modo subjuntivo.

—Juan David es uno que empieza a temblar y se pone paranoico. Ya le cogí pereza a fumar con esa pinta. Todo hay que hacerlo con método, Pepino. Hasta esta vuelta. No quiero que uno de ustedes lo haga y termine llevado. Pero bueno, pille pues.

Agarró la pipa por el cuenco y raspó los detritos con un mondadientes. Sacó de la billetera una papeleta de polvillo amarillento: la bicha. Esparcí con cuidado el polvo dentro del platillo y dejó caer un toque de ceniza del Pielroja por encima. Llevó el pitillo a sus labios.

La chispa de la candela. El fuego. La aspiración calmada.

Los vapores inundaron las membranas de mi nariz con un hedor a ropa guardada, con cierto gusto de caucho quemado y querosene. Otra vez el zumbido en la testa. Conteniendo el humo en los pulmones, dijo:

—Y eso es todo
—¿Qué se siente?
—Nada. Esto es una maricada —respondió aún sin exhalar.

Estaba a punto de amanecer. Siguió bebiendo su refresco, callado, con los ojos ya vídriosos y la nariz enrojecida. Sacó un pliego del cuarto útil y empezó a leer algunos de sus poemas en voz muy baja, como si estudiara la obra de alguien más. En algunos pasajes subía la voz de repente, con sobrada teatralidad. En otros aceleraba el ritmo y se le enredaba la lengua, hasta que suspiraba con lágrimas en los ojos.

—¿Estás bien?
No me oía.
—Papi, ¿qué pasa?

Rompió en llanto como quien se encuentra solo y puede gimotear sin pudor. Como quien se siente solo. Caminé callado hasta el cuarto y me acosté junto a mi hermano, que instintivamente hizo espacio en la colchoneta. Un gran mapa Kenwood cubría la ventana sin cristal, pero por los bordes lograba colarse el viento húmedo y helado. Pensé que esa podría ser la vida de ahí en adelante. Días de lectura perezosa en el sofá, entre las tres y las seis, aprovechando cada rayo de luz natural. Luego, a las ocho, él vendría a empatar los cables del transformador, abriría el registro del agua y tendríamos algo para comer y conversar. El redondeo de plata me animaba, y de algún modo pude reparar el computador para jugar, escribir y diseñar el sello que habrían de llevar los lingotes. También había diseñado el logo de la cervecera: el fondo de una barrica con un trébol de cuatro hojas tallado en la madera. Uniendo todos esos pensamientos en una confusa bruma que iba a mezclarse con el vapor de neblina que se escurría por la ventana, y que por momentos tomaba la forma del pájaro tuerto, me fui quedando dormido. ☺

Matar el mono

Notas sobre el consumo de heroína en Medellín



La sociedad de Medellín es contradictoria, oveja de una parroquia a la que todavía se le ven las enaguas y ciudad temeraria, líder en plones, pases, ruedas, pastillas, pipas, cosos, amures, monos y jeringas. La ciudad que más comulga es también la que más drogas consume. El *Reporte de Drogas de Colombia 2016* publicado por el Ministerio de Justicia muestra que en Medellín y su Área Metropolitana el 8.2% de los habitantes dicen haber consumido alguna droga ilícita en el último año. Más del doble del promedio nacional que llega al 3.6%, una cifra muy cercana al índice de consumo de Bogotá, mientras Cali marca el 4.7% y en la Costa Atlántica ninguna ciudad llega al 2%. Quindío y Risaralda escoltan a Medellín con números casi 2 puntos por debajo. Si hablamos de abuso o dependencia de sustancias, para 2013 Medellín estaba en el 4.8% frente al 2,08 de la media nacional.

El mayor consumo no implica necesariamente una mejor comprensión del fenómeno ni acciones más pertinentes ni más prevención. Entre nosotros se piensa todavía que las drogas ilícitas son cosas de ilegales y que el Estado no tiene opciones muy distintas a la lección de hecho para los consumidores y la vacuna oficial para los jibaros. Cuando se menciona la palabra heroína los tabúes y los temores crecen, se baja la voz, se cierra la puerta, se mira con el mismo ojo torvo por parte de pillos y policías. Pero la realidad está ahí, oculta en los baños públicos, en los carros parqueados, en “el aeropuerto” de la Universidad de Antioquia, en Ciudad del Río, en las orillas del Atanasio, en los alrededores de Bellas

Artes y el Paraninfo. Una realidad temerosa, siempre a la defensiva, consciente de su pecado mortal; una pequeña tribu que se junta para sobrevivir, sumar unos billetes y hacer una llamada, y casi siempre se dispersa para consumir en una guarida solitaria, en una yunta para que uno anude y el otro pinche.

Medellín es también la ciudad colombiana con más consumidores de heroína. Una población ponderada de 3548 que se inyecta la droga según el estudio *La heroína en Colombia, producción, uso e impacto en la salud pública - Análisis de la evidencia y recomendaciones de política*, publicado en 2014 por el CES. Una red más amplia de venta y consumo en la ciudad muestra un número mayor de consumidores que en Cali (3501), Pereira (2442), Cúcuta (2006), Armenia (1850) y Bogotá (1546). Pero al mismo tiempo es la ciudad más hostil a los consumidores y más reacia y conservadora respecto a las políticas de reducción del daño y a un cambio de enfoque desde la política carcelaria hacia el tratamiento del problema como un asunto de salud pública. Medellín es una muestra perfecta de que las políticas de matoneo por parte de “convivires”, al estilo del presidente Duterte en Filipinas, e indiferencia y código penal por parte de la administración, no solo no disminuyen el consumo sino que aientan la violencia.

No importa que la política oficial del país diga en su último informe de drogas que es hora de pensar en la protección de la salud y los derechos humanos a la hora de tratar el consumo, y que lo defina como “una conducta que pueden o no realizar las personas en el marco de sus derechos y libertades. Por lo

que debe buscarse reducir el estigma y la discriminación que surge al valorar a quienes consumen drogas como ‘viciosos’, ‘delincuentes’ o ‘enfermos’ y, en cambio, se reconozcan como sujetos de derechos”. Casi siempre esas declaraciones de principios llegan hasta los discursos en escenarios internacionales y las acciones aisladas de algunos funcionarios locales con ideas y agallas.

En Colombia las acciones para reducción de riesgos y mitigación de daños para los consumidores de heroína comenzaron en Pereira en 2014, con apoyo de la Secretaría de Salud y la Corporación Acción Técnica Social (ATS) que lleva más de diez años en un activismo por otras miradas y soluciones frente al tema del consumo. Luego se sumaron Cali y Cúcuta con la idea de prevenir el contagio de VIH, hepatitis B y C y otras enfermedades infecciosas entre los consumidores. Medellín, innovadora como siempre, no se anima aún a emprender políticas que llevan cerca de cuarenta años de implementación en Europa.

Tal vez las luces que entrega el reciente estudio realizado por ATS, *Evaluación rápida para la caracterización y evaluación de necesidades en personas que usan y se inyectan heroína en Medellín*, sirvan para que la ciudad enfrente el problema con más inteligencia, menos rabia y menos temor. Para el estudio los investigadores de ATS hablaron con 58 consumidores de heroína y otras fuentes, e identificaron recorridos, perfil de consumidores, patrones de mercado, usos y riesgos. Los testimonios son la mejor forma de dar una mirada cierta sobre ese enjambre velado.

por REDACCIÓN UC

Fotografía: Juan Fernando Ospina

Viaje inicial

“Él me dio un pase y entonces yo me sentí todo relajado, y yo me quité las gafas y le dije: ¿Ey C. qué es esto?, porque el perico a uno lo altera no lo relaja como esto. Dizque: Ah, eso es heroína. ¿Cómo, usted por qué no me dice qué es eso? Dizque: Ah, pero ¿no le gustó, no se siente bien?, y yo, sí pero ¿cómo no me dice que es heroína parece? Entonces él me hizo eso porque otro amigo de él también se lo hizo...”

“Para mí la heroína era algo de película de Estados Unidos, algo que acá no se veía. Yo iba mucho a la Universidad de Antioquia, al aeropuerto, cuando no ponían tanto problema, y yo consumía y alguien estaba repartiendo el pase de heroína, y dijo que era heroína, pero yo no escuché en ese momento que era heroína, cuando me di el pase yo ahí mismo dije, huy qué perico más raro, resulta que no era perico”.

Muchos de los consumidores de heroína empiezan inhalando, incluso la fuman. Más o menos al año o año y medio se atreven a inyectarse, casi siempre con la ayuda de un compinche y llevados por la curiosidad y la necesidad de un efecto más fuerte.

La enfermedad

“Tengo 34 años, soy de aquí de Medellín, la probé en diciembre del 2000. Y no sabía que tenía efectos secundarios tan severos, la consumí por curiosidad y por buscar nuevas sensaciones, y después no sabía que tenía efectos secundarios tan devastadores...”

“En el caso mío a mí me dieron heroína sin decirme que enfermaba. Cierro día yo amanecí con unos síntomas, con escalofrío, con dolor en los huesos... La respuesta de él fue que ya me iba a empezar a dar el mono. Y yo, ¿ah, qué es el mono?, que el síndrome de abstinencia, que diarrea, entonces me explicó. Automáticamente él me dio el pase y a mí se me quitó todo eso. Entonces empecé a entender que cuando llevaba cierto período sin consumirla me enfermaba”.

“...Eso es dependiendo del dinero y el punto y como esté usted, porque si usted está muy enfermo, la enfermedad no respeta y el mono como se dice no respeta. Y usted se inyecta donde sea, pero si usted tiene plata para pagar el baño, usted paga el baño o se lo pega en la casa encerrado, es dependiendo de la situación”.

En la mira

“Lastimosamente acá hay convivires en Medellín y donde un convivir te vea inyectándote, te coge y no importa que seas una mujer, te coge y te vuelve mierda, ah, te vas de acá malparida a chutarte en otro lado, hasta uno puede estar haciéndola y si se le parte una jeringa dentro de la vena, eso es una cosa impresionante, o también llegan los policías y le quitan a uno eso”.

“Si usted se queda dormido, si no le dan un puntazo (de navaja), le dan un *pipisazo* (lo orinan encima), y la pela que le dan es horrenda”.

“No, es que sinceramente yo compro y me voy para mi casa, yo no me quedo en el Centro. A mí ya me trataron de matar una vez aquí y papaya ya no doy más”.

“En el Barrio Antioquia lo que pasa es que hay un grupo que quedó, porque eran muchos sino que a muchos los mataron. Hubo una limpieza de heroínos hace algunos años y mataron varios. En este momento hay siete personas que consumimos heroína en el Barrio que tenemos por ahí tres puntos de luz verde para consumir”.

“Donde usted saque una jeringa en Cristo Rey, le sacan un fierro”.

Señales particulares

La edad promedio de los consumidores en Medellín es de 25 años. Muchos de ellos son trabajadores informales, vendedores que viven conspirando, según sus palabras, y roban cuando el mono acosa, habitantes de calle y jibaros menores. También hay estudiantes universitarios, profesionales, obreros.

“La mayoría que viene acá, como le decía yo, son como indigentes... son como ojerosos, son demasiado flacos, se les nota la parte donde se inyectan, esa parte es como morada, hay otros que se la inyectan en el pie y también se nota”. [Entrevista a encargada de baños en San Antonio]

“En Ciudad de Río también se ve mucho eso. Hay un gremio de heroínos que somos más bien de la calle o de barrio, y hay otro gremio de heroínos que se chutan en el carro, o en su casa o en el apartamento, tienen la capacidad económica”.

“Llevo nueve años consumiendo heroína, empecé inhalando, ahora ya inyectándome. También era o soy oficial de armazón, y debido a la droga... Tengo dos hijos, perdí el hogar, la mujer, me tuve que ir del barrio, ahora estoy habitante de calle, también me la consigo así pidiendo, si toca robar se roba”.

Mercar

La menor de las dosis, “la felpa”, vale seis mil pesos; “una recarga” se consigue por diez mil; “una garrafa”, equivalente a un gramo, se consigue por 35 mil. La venta es siempre por teléfono, con el *dealer* de confianza. Para entrar al círculo hay que llegar recomendado.

“Por ejemplo la café es de tal *dealer*, la blanca es del otro, y entonces sabemos que la café puede coger más, o pica mucho, o quema el cuerpo por dentro, y la blanca es más translúcida y también pica pero a veces mucho, a veces lo pone a uno muy rojo”.

“Esto no se lo desea uno a nadie, porque esto es tener como un cáncer, porque si usted no tiene, roba, roba hasta la mamá, hace de todo. No es como la ansiedad del perico de la marihuana, que si usted no consume, no le pasa nada. Esto, esto avemaría, se pone uno más feliz cuando ve al jibaro que a la mamá”.

“Conseguir la heroína es difícil, porque no es cualquier droga, le toca esperar. Le toca esperar a que el man se le dé la gana de venir. O si se demora o se demora poquito, media hora, una hora, toca esperar. Es que son muy pocas las personas que venden para la cantidad de consumidores que hay y no hay una plaza fija”.

La alcaldía de Medellín debe dejar de pensar en las series de narcos y las visitas a la tumba de Escobar. Los problemas de drogas están fuera de la pantalla. Se necesita más realismo que indignación, menos atención a los guiones y más a los testimonios de los adictos. ©

MUSEO D ANTIOQUIA

Visita la sala permanente

Historias para Repensar



Ampliaciones a los relatos del arte en Antioquia
Finales del siglo XIX y primera mitad del XX



CURSOS DE CAFÉ Y BARISTA

INDIVIDUALES - PERSONALIZADOS

Asesorías - Cafés - Aperturas tiendas de Café

☎ 316 668 11 82

maxicafemedellin@gmail.com

Maxi café - Cursos Asesorías
Eventos - Medellín

color indigo

Diseno Gráfico Imagen Publicidad
Diseñado por
www.color-indigo.com

El Túnel

COMIDA ARTESANAL CON SAZÓN HERENCIAL

A PARTIR DE ESTE 31 DE MARZO, VENÍ Y PROBÁ NUESTRA CARTA PARA LA NOCHE



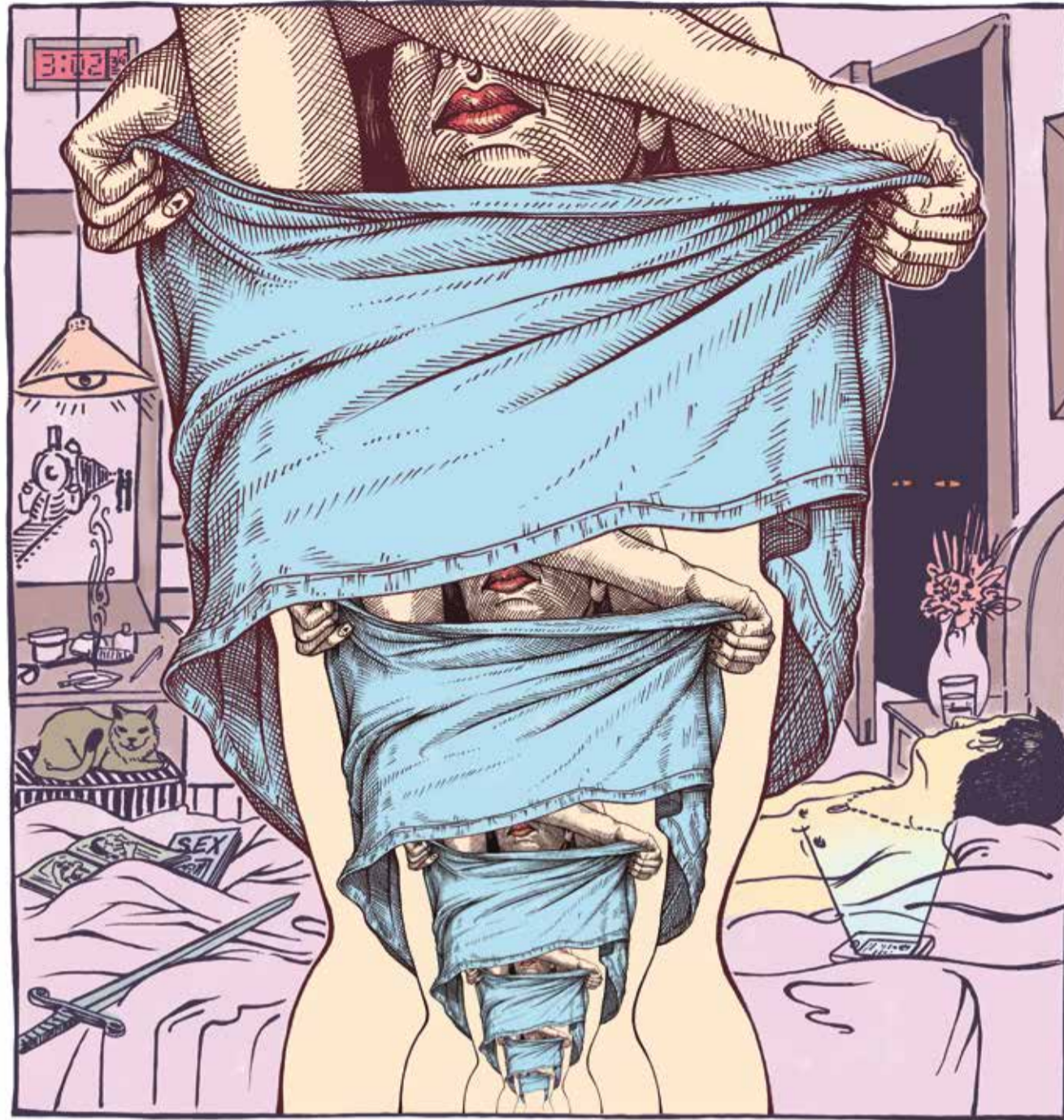
Instagram: @ELTUNELCYC
Facebook: EL TUNEL CAFÉ Y COCINA

CRA 42 # 54 - 62. (CÓRDOVA, ENTRE PERÚ Y CARACAS)
TELÉFONO: 2396536
GASTRONOMÍA, EVOCACIÓN Y SOLAZ EN UN MISMO SITIO.

MICROCUEENTOS

por JOSÉ JOAQUÍN DUQUE M.

Ilustración: Tobías Arboleda



EQUILIBRIO

El tipo fuma tanto en la noche como va al gimnasio en el día. Ve porno y lee poesía. Ama a su esposa y a su amante. Bebe licor pero come saludable. Se persigna con la derecha y se masturba con la izquierda. Un tipo contradictorio dicen algunos. Para otros, admirablemente equilibrado.

PASTORA

Todo empezó con un granizo en la ventana; Pastora se despertó y escuchó con atención: primero fue el ladrido de un perro entre los relámpagos que iluminaban la pieza; era Danger, el pastor alemán de la finca. Después oyó el relincho de Bonito. Un gallo cantó tres veces. El viento zarandeaba las ramas de los árboles y silbaba por los labios negros de la tempestad. Crepitaba leña en la cocina. Un choque de ollas y el olor a aguapanela caliente le endulzaron el corazón. Era su madre, despierta desde tan temprano. Pastora sonrió. Se liberó de la cobija y buscó a tientas, con los pies, las pantuflas en el suelo. Sentada en la cama, hizo una pausa: escuchó rodar los autos en la calle. Reconoció su habitación en el asilo de ancianos. Tomó un vaso de agua del nochero, bostezó, y luego de persignarse, se volvió a acostar.

ÁNGELA Y BÁRBARA

Ángela y Bárbara son vecinas, viven en el último piso de un edificio alto en la zona rica de la ciudad. Ángela, según Bárbara, con un esposo alcohólico y dos hijos llorones. Bárbara, asegura Ángela, en unión libre con un viejo mafioso y barrigón. Ángela es elegante, tímida y bien educada, pero... tan feíta la pobre, dice Bárbara, quien tiene el apartamento más grande, el carro más caro, el cuerpo más lindo, pero... dice Ángela, es torpe para hablar, vulgar para vestir, y en general, *mañé*. Ambas odian a Penélope Rico, la modelo prepago del 302, y eso, las une tanto, que a veces toman el algo juntas.

DIRECCIÓN

La chica está parada en la estación. Llega el metro. Un hombre baja. Camina hacia ella y le pregunta por una dirección. Es cerca, responde la chica. Salen. Entran a la ciudad. Los perdemos de vista.

EL SUBMARINO

Vivo en un submarino estrecho y bajo. Recorro una y otra vez su costillar metálico, sus puertas gruesas. La presión del agua nos quiere aplastar. Los remaches ceden. Cada vez nos hundimos más. Cada vez es más oscuro el panorama en la escotilla. Algún día llegaremos al fondo, dice el capitán.

SABIDURÍA

La incisión, profunda. Empieza en el centro de la frente. Pasa entre los ojos, sigue por el tabique y llega hasta la punta de la nariz. Corta en dos partes iguales los labios, el mentón y la garganta. Continúa en línea recta por el pecho, el vientre, hasta el ombligo, el sexo y el ano. Da la vuelta. Recorre toda la espalda sobre la columna vertebral y parte en dos la cabeza desde el cuello hasta la frente. El cuerpo, a dos aguas, queda abierto en canal. Salomón entrega una mitad a cada madre. Toma asiento. —¡El que sigue! — dice. En la mesa, al lado de la espada: un racimo color uva de vísceras, de tripas.

EL APARTAMENTO

Suena el timbre. Él abre. Es una chica, la saluda y le pide que siga. Conversan sentados en el sofá. Hablan sobre el clima y el tráfico. Toman tinto. Ella, después de un silencio, le pregunta si Hugo está, él responde que cuál Hugo. ¿No viene usted por lo del apartamento...? Disculpe, dice ella y se pone de pie. No deje de verlo, dice él, a lo mejor sabe de alguien que quiera... Ella acepta y lo sigue. Este es mi cuarto y aquí está la biblioteca. Van a la cocina. Recorren los baños y el *vestier*. Regresan a la sala. ¿Cómo le pareció? Ella reconoce que le gusta, le gusta mucho. Salen al balcón. Allí fuman y toman vino. Antes de irse, ella dice que se queda con el apartamento así como está, con todo, incluido él. Solo voy por mi pijama, agrega.

ATROZ

El tipo tiene una pesadilla recurrente: es culpable de un crimen atroz. Escapó a la justicia pero lo siguen. Cada noche están más, más cerca de él. Un día amanece liberado. Otro crimen atroz: mató a su perseguidor. Tal vez lo descubran luego. Mientras tanto, podrá dormir.

SUDOR

Las puertas se abren en el primer piso. Ella entra. Él le dice buenos días. Luego, el silencio de ambos en el ascensor. La cautela de los números ascendiendo en el tablero. Huele a colonia y a perfume. En el espejo de atrás se ve que él da media vuelta y la abraza por la cintura, que sus manos suben entre la blusa y la besa en el cuello. Que ella le toma la cabeza y acaricia su pelo. Las puertas se abren en el doce. Bajan. Un hasta luego sin mirarse. El espejo suda.

EL MURO

En nuestro pueblo hay un muro y en él un hueco. El muro es alto y largo hasta donde la vista alcanza. No hay más al frente: un muro y un hueco. Por el hueco salen murmullos y risas. Una lengua o un dedo índice. A veces reconocemos un ojo que nos mira. En las noches vemos luz y huele a humo. Sería fácil tapar el hueco pero no podemos. Él está ahí, como el muro y como nosotros de este lado. El grupo de vigilancia tiene tres turnos diarios. Le tememos especialmente al cañón que se asoma cada tanto y dispara contra nosotros.

ÍTACA

No es que ella no quisiera a su esposo. Lo amaba. Y estaba muy contenta de que por fin hubiera regresado. Pero a veces la aburrían sus repetidas historias de la guerra de Troya, de los prodigios de Aquiles. Entonces, evocaba esos tiempos serenos en que solo tejía y destejía, esperando a que volviera. ©

La vie ce n'est pas d'attendre que les orages passent, c'est d'apprendre comment danser sous la pluie

Sénèque

 Alliance Française
Medellín

Descubre, aprende y disfruta en francés!
Découvrez, apprenez et amusez-vous en français

Síguenos

  **444 2620**
medellin.alliancefrancaise.org.co

Años mozos

Alguna vez todos fuimos jóvenes. Sin embargo, en la iconografía de personajes célebres por lo general abundan las imágenes de la adultez. Estos sujetos aparecen siempre retratados muy bien puestos y trajeados, adustos y serios, con el rostro que queda después de años y años de vida compleja. O de caminos fáciles y placenteros, porque la pura dicha también moldea. En últimas, no tenemos la cara que nos tocó, sino la que nos forjamos.

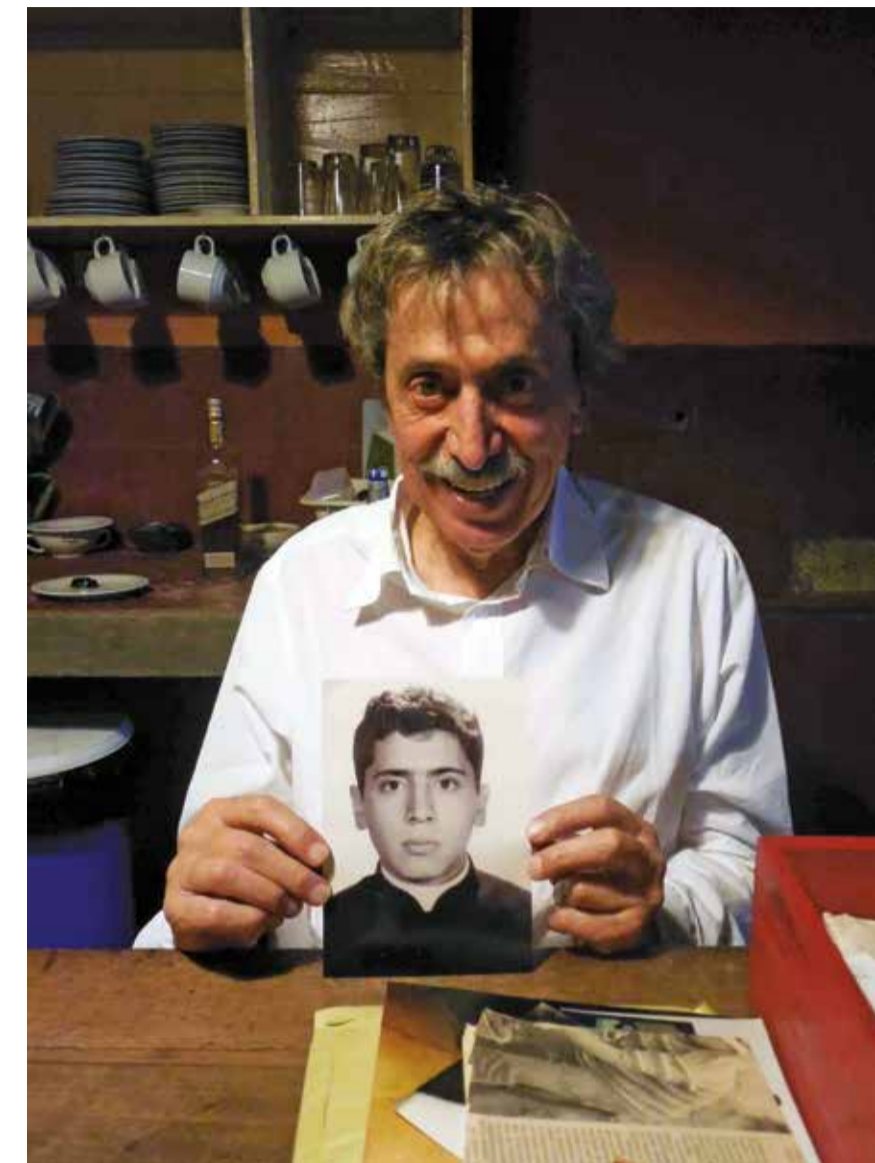
Aquí presentamos a dos personajes a quienes solemos ver muy curtidos. Por un lado estamos acostumbrados a María Cano en su versión de agitadora social, con el pelo corto, quieto, y el rostro más bien duro. Y por el otro, al fotógrafo Benjamín de la Calle, caracterizado como si no viviera en Guayaquil sino en Montmartre, con sombrero bombín y chaleco de terciopelo. Pero aquí los vemos antes de todas las hazañas y las desgracias. La Cano, de pie en el grupo de tres, es apenas una doncellita en traje. Por su parte, Benjamín, si se le quita el bigote, a duras penas resiste el título de señor. Ambas fotografías son retratos hechos por Melitón Rodríguez y hacen parte de la colección patrimonial del Archivo Fotográfico de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín.



María Cano y sus primas.



Benjamín de la Calle.



Alberto Sierra
(1944-2017)

Los amigos no deberían morir

por JAVIER MEJÍA O.

Fotografía por el autor

El pasado 19 de marzo murió Alberto Sierra Maya (1944-2017). Sierrita, como le decíamos los amigos, se fue en una tarde lluviosa de domingo, acompañado por sus afectos y su bella y fuerte familia, con la elegancia y el desparpajo con el que vivió y marcó el mundo del arte en la ciudad y en el país durante los últimos cincuenta años.

Mucho se ha escrito sobre Sierra, mucho se ha dicho y faltará tinta para tratar de explicar el vacío que deja en la ciudad, en sus amigos, en las salas de museos y galerías. Se ha hablado del Sierra seminarista, del arquitecto, del artista, del profesor, del museógrafo, del museólogo, del coleccionista, del galerista, del investigador, del diseñador gráfico, del curador y sobre todo del amigo.

Sierra fue todo eso y más. Quienes lo conocimos fuimos marcados por su presencia, por su simple manera de enseñar, por su forma particular e inusitada de ver el mundo y por su agudo sentido del humor. Y es que nadie quedaba indiferente frente a Sierra, incluso sus detractores hoy lo recuerdan con ternura, su generosidad le alcanzaba para tener esa extraña categoría donde habitan los “enemigos íntimos”.

Siempre fue ajeno a los homenajes, aplausos y adulaciones, a pesar de que Sierra fue traductor, guía, tutor y catálogo del arte en Medellín: fundador del Museo de Arte Moderno de Medellín (MAMM), coordinador del Primer Coloquio de Arte No-Objetual y Arte Urbano, fundador de *Revista del Arte y la Arquitectura en América Latina*, creador del Parque de las esculturas en el Cerro Nutibara, asesor del Museo de Antioquia, miembro del Comité Cultural de Banco de la República, curador de la colección de arte de Suramericana y del Centro de Artes de la Universidad Eafit y la lista sigue y es larga.

Pero de todo lo que hizo, su obra consentida fue la galería de La Oficina, fundada con sus amigos Santiago Caicedo y Jorge Mario Gómez un día de septiembre hace 45 años. La galería fue epicentro del arte en Medellín y en sus paredes fue exhibida buena parte del arte nacional. Durante todos estos años vio crecer y consagrarse a los grandes maestros colombianos y apoyó a los nuevos creadores. Pero La Oficina también era el refugio de los amigos, era el sitio de tertulia y de almuerzos maravillosos: la galería era una religión y Sierra su profeta.

En la plástica nacional Sierra fue considerado anecdóticamente como uno de los cuatro

evangelistas, o según quien lo mire, uno de los cuatro jinetes del Apocalipsis, que fue como denominaron a Eduardo Serrano (Bogotá), Miguel González (Cali), Alvaro Barrios (Barranquilla) y a Sierra en Medellín. Alberto tenía una mezcla justa de sabiduría, nobleza, compromiso y lealtad; como lo dijo la maestra Beatriz González: “(...) uno descubre su lado flaco, que es ser, discretamente, un buen amigo”.

Le gustaba y apreciaba lo bello y este rigor lo aplicaba en todas las facetas de su vida. Tal vez fue su paso por el Seminario Menor de Medellín, donde estudió tantos años, lo que lo hizo admirar y amar los rituales; incluso en su vida diaria repetía con exactitud mecánica y clerical algunos pasos insalvables, comer fruta en la mañana, tomar el *Coumadin* en la tarde, disfrutar de un whisky en la noche y luego buscar sus gafas a la medianoche.

Sierrita fue un amigo sin concesiones ni tibiezas, era íntegro, duro y crítico, pero nunca desleal. Hoy deambulan como perdidos sus amigos, como huérfanos, como viudas aferradas a su recuerdo, extrañándolo, evocando su presencia y recordando sus historias, de cómo vivió a tope y con el acelerador a fondo; Alberto fue una fiesta y solo me queda por decirle: ¡Sierrita, no le debes nada a nadie! ©

lenteja
express
Hamburguesería
vegetariana.

CUANTAS VECES TE ALIMENTAS BIEN?

10% OFF
Presenta este cupón para un descuento en nuestro nuevo punto de venta en Envigado.

Domicilios
Envigado 596-8890

www.lentejaexpress.com.co

310-8454059

síguenos



DR. GUSTAVO AGUIRRE
OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.
CIRUGÍA CON LÁSER

Clínica SOMA
Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00



LA TOMA DE LA BASTILLA

por DAVID BETANCOURT

Ilustraciones: Titania Mejía

En mi taller de roble, tela y aserrín me embebo ese trago. Plácido y barato. Elixir y veneno. Me llena, me desarruga el ceño, desmancha las paredes, espanta las tristezas, me desinfecta el alma, brilla la madera, me acompaña, cura beridas, es remedio, limpia al dueño, quita el sueño y sobre todo... embriaga.

Jairo Carrasquilla Tobón en *El trago del ebanista*

Pascual y yo regresamos de México porque es delito tomar en las calles y nosotros habíamos nacido para beber. En medio año nos habían encerrado más de diez veces en cárceles de borrachos y nos amenazaban con deportarnos. En los bares un pinche trago valía lo que una semana de trabajo y solo los ricos tenían para tomar. Era una dictadura etílica, elitista. En Medellín la cosa es distinta, por eso regresamos. Los bares son baratos y las calles viven atestadas de borrachos y gente amplia que por un poema, una manilla o un acento mexicano, que Pascual y yo imitábamos perfectamente, nos emborrachaban hasta la inconsciencia. Bebíamos y vivíamos a costa del acento. A todo el que nos encontrábamos le hablábamos de la casa del Chapulín, de nuestros encuentros con Vicente Fernández, García Márquez, Fernando Vallejo, del Estadio Azteca, de la guerra entre narcos, de la comida típica, del gusanito del mezcal...; a las mujeres, de Gael García y el Chicharito Hernández, a los hombres, de Salma Hayek, y de puras carajadas que inventábamos mientras nos llenaban el cerebro de alcohol. Colombia sufre de xenofilia y eso teníamos que aprovecharlo.

En México, cuando Pascual y yo nos la dábamos de temerarios y salíamos a las calles y parques con una botella, la gente nos miraba como si en vez de una botella lleváramos un fusil. Inmediatamente nos identificaban y decían o

pensaban: "Son colombianos", y al rato aparecía la policía, nos quitaba el trago, nos pedía la liga y como vivíamos lichigos nos encerraba. Estábamos hasta la madre de eso. Queríamos beber en paz y allí no podíamos hacerlo.

En Medellín todo iba muy bien hasta que después de varios meses perdimos el acento del norte y ya no teníamos gracia. Los que nos emborrachaban empezaron a evitarnos, nos corrían, se nos escondían, nos echaban, cambiaban de bares y parques y nos fuimos quedando en ley seca. Como no teníamos plata para beber nos poníamos a recordar viejas borracheras. Los dos éramos filólogos hispanistas de la Universidad de Antioquia y decidimos buscar trabajo. Ese título profesional le alcanzó a Pascual para conseguir uno en la plaza de mercado cargando costales y a mí otro arreglando jardines en casas de ricos.

A las ocho de la noche todos los días nos encontrábamos en el Centro, cerca al parque de San Antonio, juntábamos el producido del día, comíamos cualquier empanada y mercábamos guarilaque. A veces, cuando nos iba mejor, aguardiente. Pascual y yo tomábamos los lunes celebrando que ya casi era viernes y seguíamos con el impulso toda la semana. Bebíamos para olvidar que éramos unos borrachos y bebíamos para beber, también, porque vivir a palo seco es una cosa muy dura que no le recomiendo a nadie. Pero mantener esa vida cuesta, cuesta mucho por barata que sea. La plata ya no nos alcanzaba

para pagar la residencia de medio pelo que compartíamos ni la comida ni los pasantes ni los limones ni los calditos y pastillas para el dolor de cabeza del otro día, de todos los días, además las dos botellas de trago diarias ya no eran suficientes: necesitábamos mayor cantidad y también mayor potencia.

Una noche Pascual se apareció con una botella gordita que tenía mal pegada una etiqueta amarilla medio elegante y en el líquido flotaban como pececitos o basura diminuta que parecían puestos ahí de aposta. Yo tuve el honor de destaparla y con solo poner la nariz en la boquilla el hígado se me excitó. Olía a aguardiente del bueno, a centro de salud.

—La Bastilla —dijo Pascual—; de París, Francia. Lo conseguí en un estanco abajito de Villanueva, por donde las travestis. Vamos a ver qué tal.

Tomamos, repetimos y saboriamos muy concentrados. Lo catamos con calma. Lo oímos de nuevo y lo dejamos un minuto en la boca sin tragarlo. Enseguida Pascual dijo el precio y yo no le creí. Entonces revisé la etiqueta y todo estaba en francés, o en chino, no sé, el caso es que no estaba en colombiano y eso me tranquilizó.

—¿Me lo jurás, tan barato? —le pregunté.

Me lo juró por Dios y de la emoción me le tiré a darle un abrazo y un pico en el cachete porque se nos había arreglado la vida. La Bastilla valía por lo barato y porque cumplía el principal propósito del licor, el único que nos interesaba: emborrachaba como ninguno.

—¡La Bastilla es el guaro! bueno hasta la última gota! —dijo Pascual, conmovido.

Luego del maravilloso descubrimiento Pascual y yo andábamos para arriba y para abajo cada uno con su botella de La Bastilla, como los poetas manitos que conocimos en Guadalajara, que tomaban todos los días y camuflaban el licor en teteros para que la policía los viera ingenuos y tiernos y no se les acercara. A diario nos encontrábamos a las ocho de la noche en San Antonio después de trabajar, pero a diferencia de antes llegábamos medio borrachos y con ganas de seguir y con plata suficiente y no, como al principio, sobrios, con ganas de empezar y sin plata. Comprábamos tres o cuatro botellas y nos las tomábamos en la calle charlando con ellas o cada uno con cada uno hasta que se nos acababa el repertorio y ahí sí hablábamos entre los dos hasta el amanecer. Descansábamos unas horas en la residencia y salíamos a trabajar con de a botellita, porque no hay nada mejor en la vida que trabajar prendido. A mí desde eso los jardines me quedaban más lindos y Pascual tenía más fuerzas para cargar y consiguió un ascenso.

—Nos mejoró la economía —dijo Pascual un día—, La Bastilla nos mejoró la economía, pero nos la empeoró.

Pascual decía eso que sonaba contradictorio porque La Bastilla era casi que gratis, pero por eso mismo comprábamos más y más y gastábamos mucha plata sin darnos cuenta y nos quedábamos sin nada para la comida y todas esas cosas secundarias pero primarias.

Un día Pascual perdió el equilibrio y se abrió un boquete en el pómulo y yo le dije que fuéramos al médico para que le pusieran los puntos, pero Pascual decía que no le dolía, que él vivía borracho y borracho no era vanidoso, que no le importaba, que se iba a quedar así y que cuáles puntos ni que ocho puntos y siguió bebiendo. Yo lo agarré del brazo y lo llevé hasta un retrovisor de una moto y como no decía nada le dije que se le veía el cerebro por ese hueco y que si seguía así no iba a andar más con él porque me iba a espantar las peladas, pero Pascual ni se alarmó ni se preocupó ni se tuvo lástima ni nada y ahí descubrí que La Bastilla lo había hecho inmune a todo.

—Este trago es bendito —dijo Pascual—: no lo deja mortificar a uno con uno mismo.

Pero a mí, un día, en un esporádico momento de sobriedad, el hueco en la cara de Pascual sí me preocupó. El frasco de agua oxigenada nos lo habíamos tomado con limón unos meses atrás y del tarro de alcohol ni hablar. No había nada para curarlo.

—Te vas a quedar sin cara, Pascual, no seas descarado con tu cara, invertite, vamos al médico —le dije.

Pascual sonrió y luego mojó la camiseta con un poco de La Bastilla y se la puso en la herida. Durante dos días hizo lo mismo hasta que se curó por completo. Además de que lo desinfectó y le mató las alimañas, lo dejó sin cicatriz, plano como si nada, con la piel más bonita y suave. Desde ese momento dejamos de comprar crema de manos para la cara, agua oxigenada, Isodine, meriolate y desinfectantes para las caídas acostumbradas.

De cinco botellas diarias pasamos a siete y, por eso, escaseó el desodorante, entre otras cosas.

—Jueputa, quita el grajo —gritó Pascual, como si hubiera descubierto el mundo.

Y todos los días antes de salir nos untábamos un poquito de La Bastilla en las axilas. También se nos había quitado el mal aliento y las caries y murieron todos los gérmenes de la boca. Así que gritó Pascual:

—No más Listerine, no más crema dental, no más seda, no más cepillo de dientes, güevón, esto es Dios dentro de una botella.

—¡Más plata para La Bastilla! —gritó.

—Obvio, güevón —dijo, mientras trapiaba—. Podemos agregar a la canasta familiar otra botellita; otras dos, mejor, porque este piso está quedando brillantico, mirá qué belleza, alumbra. ¡No más cloro, no más aromatizantes!

Desde ese último descubrimiento yo ya sí quería trapiar la pieza todos los días mojando la trapiadora con La Bastilla, porque mientras lo hacía el olor del piso me mariaba y me daba ánimos para tomarme los traguitos de La Bastilla y porque no hay nada mejor en el mundo que trapiar enfiestado. También me aficioné a lavar los trastes tomando, empleando La Bastilla en vez de jabón, detergentes, Axió, quita grasas... Los platos y los cubiertos brillaban como el piso.

—Con esto vuela un avión —dije.

—Y volamos nosotros, que es lo más importante. ¡Yo amo a este marica! —dijo Pascual, y, al borde del llanto, se quedó mirando la botella.

Una vez nos fuimos a acampar y llevamos un arsenal de La Bastilla y nos lo tomamos hablando de la vida, de nuestra economía y del futuro. Yo, trascendental esa noche, le dije a Pascual que de pronto ese trago más adelante nos cobraría factura, que era muy probable que ese líquido que nos alegraba la vida y nos servía para todo en unos años o meses nos dejara postrados en una cama o ciegos o sin hígado o secos o bobos o nos matara sin avisar. Lo mejor es dejarlo, Pascual, dejarlo, le dije, y agregué:

—Estamos bebiendo por costumbre, Pascual, ya no disfrutamos lo mismo —y me bogué un trago—. El alcohol, hermano, leí por ahí, el alcohol es como el amor: «El primer beso es magia; el segundo, intimidad; el tercero, rutina. Después de eso lo único que hacemos es desvestirse a la muchacha».

Pascual se rio con ironía de mis palabras y se levantó con una botella de La Bastilla, indignado y dispuesto a darme una verdadera lección de vida, tiró a la quebrada la leña, el petróleo y la tapa de la olla para potenciar el fuego. Yo pensé que estaba bravo y se iba a ir. Luego echó un chorrillo entre dos ladrillos, lanzó un fósforo y la fogata encendió como un infierno y duró media eternidad.

—No seas ingrato, no seas malagradado que él te lo ha dado todo —dijo

Pascual, dolido con mis palabras—. Lo que hay que dejar es el carbón, la madera, el petróleo, la gasolina en la próxima acampada. ¡Tachá eso de la lista de la canasta familiar!

Cuando regresamos del paseo Pascual se sintió muy enfermo y me culpó de su estado, argumentando que yo había llamado a la mala hora, a la desgracia con mis palabras sobre el futuro y los estragos de La Bastilla. Los labios se le pusieron blancos, tiritaba, sudaba, los ojos le pesaban y, lo peor, no le provocaba tomar. Ahí sí me preocupé. Entonces le juré en vano, en voz bajita para que no me escuchara y no tuviera luego que echarme para atrás, que si vivía yo dejaba de beber ese veneno. Lo abandoné en su colchón, muriéndose, y para no pensar ni torturarme fui a quitarles el óxido a las ventanas de la pieza con un trapo empapado con La Bastilla. Los barrotos quedaron como espejos.

—Pascual —le susurré en el oído—, ya no tenemos que comprar más esa crema para matar el óxido, ¿adivina qué?

Pascual sonrió, medio muerto, se rasó el pecho y me pidió sin pedírmelo que le echara La Bastilla en la cara, en las plantas de los pies, en los brazos, en todas partes para que no lo picaran los zancudos.

—Ya no más Menticol —me dijo, al rato, agonizante—, ni más repelentes para los moscos salvajes en el próximo paseo a Triganá. ¡Tachá eso de la lista!

—El Menticol, escuché por ahí —le dije a Pascual para sacarle una risa, para arrebatarlelo aunque fuera unos minutos a la muerte—, el Menticol es el aire acondicionado de los pobres.

No dijo nada. Ni se inmutó. Como no quería verlo así fui a lavar la neverita, la estufa, la puerta, las cosas de metal con La Bastilla mientras bebía de la botella con la que remojaba los trapos. Muy preocupado agarré un vaso, serví tres tragos, le eché un poquito de miel de abeja y limón y se lo embutí a Pascual.

—A los doctores, ¿a esos también los tacho de la lista? —le dije en la mañana cuando lo vi como nuevo.

—Claro, güevón, vamos a quebrar las EPS con este producto —dijo Pascual, y se fue más bebo que nunca para el trabajo.

Ese día nos encontramos a las ocho de la noche como siempre, pero esta vez Pascual estaba distinto. Venía obsesionado con algo: quería conocer a la persona que se había inventado la receta de La Bastilla y le había salvado la vida, solo para tomarse unas fotos con él, pedirle un autógrafo, abrazarlo y agradecerle.

—Y qué tal que nos dé la fórmula —dijo Pascual, con cara de empresario, de innovador—; ahí sí que quedamos hechos, nos papiamos.

—Pero si ese trago es de Francia, leí la etiqueta, mirá: *made in Paris, Francia* —le dije, y Pascual se me rio en la cara y luego se agarró la cabeza con las manos como diciéndome no sabés nada de la vida.

Al otro día decidimos ir al estanquillo de Villanueva, el único donde vendían el trago, con el fin de que nos dieran información que condujera al paradero del autor intelectual de una de las maravillas de la existencia.

—Lo conocemos, lo elogiamos, lo melosiamos, lo emborrachamos con La Bastilla, le pedimos la fórmula y después con eso hacemos productos para la familia colombiana y bebemos por ahí derecho, sin gastar ni un peso —propuse.

Mientras nos afeitábamos hicimos cuentas y era mucho, pero mucho, lo que La Bastilla nos había ahorrado en la vida, muchas las utilidades que le habíamos descubierto. Solo nos faltaba descubrir la manera de que La Bastilla nos pagara el arriendo, los servicios y la comida, y ahí sí quedaríamos hechos.

—Hay que pensarla —dijo Pascual, mientras tomaba y se echaba La Bastilla en la cara después de la afeitada.

—Tampoco para tanto, Pascual —le dije—, un trago que va a pagar arriendo y esas cosas, hermano, tampoco para tanto. No exageres.

—Hay que buscar la forma, güevón, la tecnología ha avanzado mucho, hay que buscar la manera. Esta belleza cura el cáncer, el sida, el Alzheimer, ¿ahora no va a ser capaz de pagar esas cosas? Estoy seguro, solo hay que buscar la manera —dijo mientras preparaba un perfume en una taza, con dos ciruelas, un limón y un traguito de La Bastilla.

—Pues sí, Pascual, hasta tenés razón. Al principio pensamos que solo servía para tomar y, mirá ahora, nos servía hasta para la infección de las uñas, la caída del pelo, el estreñimiento, la pecueca, el insomnio, la timidez, el reflujo... Sirve hasta para la cirrosis y el guayabo.

—Es el mejor invento de la historia de la humanidad, no hay duda, superior a la rueda, a las mujeres, a la electricidad... Ni a los chinos, ni a los gringos, ni a la Nasa se les pudo ocurrir esta maravilla —dijo Pascual, y me untó un poco del nuevo perfume.

—Gracias a la beba, que me ha dado tanto —dije cantáito.

Subimos al bus y sentimos que la gente nos olía mucho, que alargaba las narices hasta nosotros. Yo le dije a





Pascual que me sentía incómodo, achicopalo, que mejor nos bajáramos y siguiéramos a pie hasta el estanquillo donde averiguaríamos por el maestro, el inventor de La Bastilla, el futuro Nobel de Química.

—Les olemos a Hugo Boss, güevón, o mejor, más rico, les olemos a europeo, por eso mueven tanto la nariz —dijo Pascual—; les parece raro que gente que huele tan bien monte en bus, eso es, es eso.

Entonces todo el viaje me lo pasé alzando la cabeza, orgulloso de mí y de Pascual, de nuestro aroma primaveral, de los cachetes colorados como bien nutridos, de los ojos brillantes como si comiéramos mucha zanahoria o estuviéramos enamorados, de los dientes resplandecientes y fuertes, del pelo grueso y de buen color, de la cara lisa, bien afeitada y sin irritación, sin ojeras así durmiéramos casi nada. Lo único malo, le dije a Pascual, era la ropa, fea, vieja, que ya no nos lucía. En los tiempos de vivir del acento esa ropa era un elemento más que nos ayudaba a engañar a los otros porque nos daba presencia de arrastrados, pero ahora nos hacía quedar mal, no combinaba con nuestro olor y apariencia.

—Güevón, cuando tengamos la fórmula de La Bastilla nos van a faltar armarios para colgar toda la ropa y espacio para las botellas de nuestro amado y alientos para atender a la manada de peladas deseosas —dijo Pascual—... y hasta si querés compramos nuestro propio bus para que no nos miren ni huelan tanto los pobres.

Bajamos y casi sin haber puesto el último pie en el piso un atracadro se nos abalanzó y nos pidió que nos bajáramos de todo o nos daba de baja y en cuestión de segundos Pascual desenvainó una botella medio vacía de La Bastilla,

la quebró y por nada se baja al ladrón, que corrió pidiendo ayuda, llamando a la policía.

—También sirve de arma —le dije, orgulloso de mi amigo y del arma.

—Y cura las heridas, eso ya lo sabés —dijo Pascual, echándose La Bastilla en la cortadita que se acababa de hacer en la mano.

—Y da valor para defenderse, para enfrentar ladrones —complementé.

—Y da borrachera —dijo Pascual—, y eso es lo que importa, lo trascendental, lo metafísico.

—Y nos ahorra plata.

—Y nos rebota el sol, no nos quemamos. ¡Tachá el bloqueador solar de la lista!

—Y con la fórmula podemos inventar productos y bautizarlos y patentarlos y volvernos ricos.

—Así será: frasquito para la gripa, para el cáncer, para el sarampión, para el dengue, para el chikungunya, la loción, el desodorante... —dijo Pascual, a ritmo de culebrero.

—Para limpiar ventanas, puertas, lavar baños, platos, exterminar zancudos, curar el desamor, para la impotencia, el asma, la calvicie, para exorcizar —continué—... ¡Yo me hago matar por esa fórmula y por una foto con el maestro!

Llegamos al estanco y al vendedor le preguntamos por el dueño, al dueño le preguntamos por el maestro, así lo bautizamos, el maestro, y él nos dio toda la información, no sin antes confirmar que no éramos policías peludos de civil. Caminamos treinta minutos hasta llegar a un antro peor. Pasamos una cuadra repleta de indigentes, otra de bandidos, otra de recicladores y hembritas de la vida alegre y al final había una cuadra de cantinas de mala muerte. Cada vez que superábamos

una cuadra celebrábamos brindando con dos o tres tragos por nuestra vida, que estaba cerquita de morir. Al final vimos una especie de fortaleza medieval, como una cárcel de esa época. Vimos hombres que, suponíamos, custodiaban al maestro. Tocamos la puerta y preguntamos por él y luego nos identificamos y dijimos a qué fbamos.

—Ya va, esperen ahí, el Rey se está peinando para recibirlos —dijo una voz, detrás de la puerta, como de gigante.

Antes de que abrieran Pascual y yo nos bogamos una botella entera de La Bastilla porque nos estábamos muriendo de miedo y sobre todo de la emoción por conocer a nuestro ídolo, quien, seguro, con el discurso de Pascual nos daría la fórmula. No teníamos ni idea de qué preguntarle, cómo abordarlo, qué decirle, qué proponerle.

—Lo felicitamos y ya, Pascual, le damos la mano y las gracias y le pedimos un autógrafo y que sea amable con nosotros, sus admiradores, y que nos saque con vida de este mierdero —le dije.

Antes de que Pascual dijera algo nos hicieron pasar. El Rey, que tenía cara de llamarse Augusto y por ahí derecho de enfermo mental, estaba sentado en una hamaca tomando whisky, como don Vito Corleone, el Padrino. Pascual le ofreció un trago de La Bastilla y él casi se muere de la risa. Yo paso, dijo, no me gusta combinar.

Nos quedamos un rato en silencio mirando para el techo como si hubiera riesgo de que se cayera. Para entrar en confianza nos regaló una de La Bastilla y nos pidió que tomáramos muy seguido, sin parar, y que le hiciéramos con la lengüita a la boquilla de la botella. Nosotros le hicimos caso. El Rey nos hacía ojitos y caritas meciéndose desde su trono, entonces nosotros también se los hacíamos por educación y para que nos agarrara cariño. Con más confianza le hablamos de La Bastilla, de lo importante que era en nuestras vidas, de su mundo de utilidades. Sonriente, halagado, nuestro hombre no tuvo de otra que regalarnos la segunda botella con la condición de que nos la bogáramos.

Como a la hora Pascual ya se estaba tomando fotos con él y hasta se dejó plasmar un autógrafo con marcador arribita del ombligo porque no habíamos llevado hojas. Luego de que nuestro don Vito Corleone criollo los llamara, al amanecer, dos muchachos altos, muy fornidos, tremendos macanecanes se sentaron con nosotros a tomar. Ya tranquilos, confiados, como en casa, de pura fraternidad y amistad nos arriesgamos a pedirle la fórmula, pero no le dijimos que queríamos, además de beber, montar un negocio.

—Beber es lo más lindo que hay en la vida: te llena, te enaltece y, sobre todo, te emborracha, que es lo más lindo que hay en la vida —empezó Pascual a persuadirlo—, pero pobrecitos los pobres que no pueden disfrutar de lo lindo, que no tenemos fórmulas ni nada, solo pobreza, ¿me entendés?, Rey, vivimos sin fórmulas.

El hombre sonrió, se levantó con dificultad de la hamaca y nos agarró la cara con delicadeza, primero a Pascual y después a mí, y enseguida nos puso a bailar sin música con los fornidos mientras aplaudía y cantaba en la mente una canción que no sonaba. Después, para amenizar la parranda, por orden de su jefe, de la boca de uno de los macanecanes salía, hasta que se quedó sin voz, un tunturuntuntuntuntun constante y rápido que se hacía pasar por música electrónica.

A esa hora destapó una caja con cinco botellas de La Bastilla y seguimos bailando al son del silencio valleenatos que no sonaban, pero que nos llegaban al corazón porque entre todos los escuchamos. Recuerdo todo lo que pasó hasta que faltó una botella. Hasta ahí también recuerda Pascual. Los dos recordamos que después del baile, cuando estábamos hablando de fútbol, sin rogarle ni nada nos dio la fórmula. No tenemos dudas: nos dio la fórmula. Era muy simple, dos o tres elementos la componían, todos fáciles de conseguir y de memorizar, por eso no la apuntamos.

A las nueve de la noche desperté en mi cama con un dolor de cabeza insostenible. "¿Cómo llegamos?", me pregunté, pues hasta que recuerdo nunca nos habíamos ido de la casa del Rey. "¿Será que todavía estoy allá?", pensé en el momento. Enseguida me levanté y con el pie desperté a Pascual, que estaba a mi lado, vestido y en su colchón. "O sea que yo estoy acá", concluí. Pascual tampoco recordaba cómo habíamos llegado a la residencia ni a qué horas, si en taxi o gatiando o arrastrándonos, ni la cara del Rey y sus dos orangutanes ni cómo habíamos salido de ese lugar tan peligroso, tampoco recordábamos ese lugar ni cómo regresar a él.

—¿Y la fórmula? —le pregunté a Pascual. No me respondió ni me miró a la cara y fue por una botella. Con ella y un algodón entró al baño. Casi no sale. Le dolía, me confesó, y le salía sangre. Después entré yo. También me dolía mucho y me ardía. Me quité los calcancillos, me senté en un tarrito lleno de La Bastilla y sentí el alivio.

—¿Y la fórmula, vos la recordás? —me devolvió la pregunta Pascual, enlagunado. No me acordaba de nada. Solo sabía que tenía un dolor insoportable y culposo.

—Pascual, borré el casete, como vos, olvidé, olvidé, pero sospecho —le dije, enlagunado.

—Pero sospechar no quiere decir que la sospecha sea una cosa distinta a una simple sospecha —dijo por el consuelo Pascual, todavía borracho, y yo medio le entendí la frase.

Luego se agarró la cabeza, desconcertado, impotente, avergonzado, iracundo y la estrelló contra la pared.

—Pero tranquilo, hermano, esas no son penas —dije, y me tomé un trago largo y se lo alargué a él—... Además de todo La Bastilla, para mal y para bien, Pascual, también sirve para olvidar. ☺

El hombre sonrió, se levantó con dificultad de la hamaca y nos agarró la cara con delicadeza, primero a Pascual y después a mí, y enseguida nos puso a bailar sin música con los fornidos mientras aplaudía y cantaba en la mente una canción que no sonaba. Después, para amenizar la parranda, por orden de su jefe, de la boca de uno de los macanecanes salía, hasta que se quedó sin voz, un tunturuntuntuntuntun constante y rápido que se hacía pasar por música electrónica.

A esa hora destapó una caja con cinco botellas de La Bastilla y seguimos bailando al son del silencio valleenatos que no sonaban, pero que nos llegaban al corazón porque entre todos los escuchamos. Recuerdo todo lo que pasó hasta que faltó una botella. Hasta ahí también recuerda Pascual. Los dos recordamos que después del baile, cuando estábamos hablando de fútbol, sin rogarle ni nada nos dio la fórmula. No tenemos dudas: nos dio la fórmula. Era muy simple, dos o tres elementos la componían, todos fáciles de conseguir y de memorizar, por eso no la apuntamos.

A las nueve de la noche desperté en mi cama con un dolor de cabeza insostenible. "¿Cómo llegamos?", me pregunté, pues hasta que recuerdo nunca nos habíamos ido de la casa del Rey. "¿Será que todavía estoy allá?", pensé en el momento. Enseguida me levanté y con el pie desperté a Pascual, que estaba a mi lado, vestido y en su colchón. "O sea que yo estoy acá", concluí. Pascual tampoco recordaba cómo habíamos llegado a la residencia ni a qué horas, si en taxi o gatiando o arrastrándonos, ni la cara del Rey y sus dos orangutanes ni cómo habíamos salido de ese lugar tan peligroso, tampoco recordábamos ese lugar ni cómo regresar a él.

—¿Y la fórmula? —le pregunté a Pascual. No me respondió ni me miró a la cara y fue por una botella. Con ella y un algodón entró al baño. Casi no sale. Le dolía, me confesó, y le salía sangre. Después entré yo. También me dolía mucho y me ardía. Me quité los calcancillos, me senté en un tarrito lleno de La Bastilla y sentí el alivio.

—¿Y la fórmula, vos la recordás? —me devolvió la pregunta Pascual, enlagunado. No me acordaba de nada. Solo sabía que tenía un dolor insoportable y culposo.

—Pascual, borré el casete, como vos, olvidé, olvidé, pero sospecho —le dije, enlagunado.

—Pero sospechar no quiere decir que la sospecha sea una cosa distinta a una simple sospecha —dijo por el consuelo Pascual, todavía borracho, y yo medio le entendí la frase.

Luego se agarró la cabeza, desconcertado, impotente, avergonzado, iracundo y la estrelló contra la pared.

—Pero tranquilo, hermano, esas no son penas —dije, y me tomé un trago largo y se lo alargué a él—... Además de todo La Bastilla, para mal y para bien, Pascual, también sirve para olvidar. ☺

*Este cuento hace parte de *Bebestiaro*, Editorial Universidad de Antioquia, 2016.

FALK, PARA LOS QUE LLEGARON TARDE

por ELKIN OBREGÓN S.



La frase es de Will Eisner, el genial autor de *Spirit*, en la introducción a su libro *El cómic y el arte secuencial*: "Pero hasta que el cómic no dé con historias que impacten de verdad ¿cómo va a esperar una crítica seria? El buen dibujo sin más no se basta". Alude, claro, al arte de narrar. Y aunque Eisner quizás miraba hacia otro lado, la cita viene a cuento para hablar de Lee Falk, en mi opinión uno de los grandes escritores y guionistas del cómic norteamericano. Su técnica narrativa es un compendio de hallazgos; y los elementos que utiliza en sus relatos (amalgama de viejos mitos, tradiciones, invenciones, *aggiornamentos* e ironías) son más complejos de lo que pareciera a primera vista. No aspiró en todo caso a demostrarlo en esta nota, apenas comparto un simple anecdotario.

Es el creador de *Mandrake el mago* y de *El Fantasma*, si bien nunca dibujó sus historietas; pasaron por diversos ilustradores, quienes a su modo aportaron aspectos y matices personales a sus personajes, sin que en ningún momento dejara de ser la mano maestra de Falk la única dueña del tinglado. A su muerte, todo fue una debacle. No sé qué pasó con *Mandrake*. *El Fantasma* sobrevive, quizás por diversos factores; pero su decadencia llega a ser patética. Ningún guionista ha estado ni de lejos a la altura de su creador. Falk era un escritor de raza, que encontró en ese género la vía ideal para dar curso a su talento; y además alguien capaz de dejar a sus buenos seguidores una lección impagable: ni los héroes ni los superhéroes deben sonreír, pero sus autores sí. Lo supo Eisner, lo sabe Moebius, su mejor discípulo; lo

supo Wayne Boring, a gusto de muchos el mejor continuador del primer *Superman*; lo sabe Stan Getz (*Spiderman* y un largo etcétera), el mejor heredero en muchos sentidos de Lee Falk, con quien coincide además en su práctica de confiar a otros el dibujo de sus historias. Pero veamos algo de estas.

Un episodio de *Mandrake* retoma el asunto de los espejos, muy otros aquí que los de la Alicia de Carroll. Por cierto, y según mis fuentes de consulta, no parece haber antecedentes literarios de un mundo tras los espejos, lo cual casi haría de Falk un auténtico precursor. Tras sus espejos, a primera vista impenetrables (pero dejarán de serlo, a lo largo de una oscura pesadilla), habitan seres en apariencia iguales a quienes en ellos se miran; solo que los de ese espacio duplicado tienen el nombre inverso de estos, y son también su inversión moral. Así, a *Mandrake* corresponde allá un *Ekardnam*, pérfido y tan poderoso como aquel; Lotario se revierte en el malvado *Oirratol*, y la dulce Narda en la siniestra princesa *Adrán*. Los dos mundos llegan fatalmente a enfrentarse y suceden cosas alucinantes, dignas de un Poe o de un Lovecraft. Por no recuerdo qué providencias afortunadas, no debidas exclusivamente a *Mandrake* (este pasa a ocupar más de una vez en sus relatos un papel de solidario espectador de dramáticas circunstancias que lo exceden, ejemplo de lo cual verá el lector que arribe al siguiente párrafo), el teblinoso territorio detrás del espejo aplaza su poder amenazante. Por ahora, el bien triunfa.

En cuanto a *The Phantom*, un episodio de finales de los años cuarenta, especie de *flashback*, narra la infancia y juventud del héroe. Es decir, de nuestro Fantasma, de nombre Kit Walker, el que siempre nos ha acompañado. Pasó sus primeros años en la Selva Profunda, y luego fue enviado a Estados Unidos, a casa de una hermana de su madre para recibir una adecuada educación americana. Los primeros tiempos son difíciles, porque el chico responde a instintos selváticos. Poco a poco se va adaptando a su nuevo hábitat. Aún niño, conoce a Diana Palmer, a la que reencuentra años después. Cursa el colegio, ingresa a la universidad, casi va olvidando su destino. Pero un día recibe la noticia de que su padre agoniza, víctima de un combate contra piratas. No puede esquivar "el llamado de la selva". Regresa a tiempo para ver morir a su padre. La suerte está echada. Adíós —por ahora— a Diana, adíós al campus, a los amigos, adíós al sueño americano. En el último cuadro lo vemos salir de la Cueva de la Calavera, ataviado ya con el traje que portará hasta su muerte. La tribu entera de los Bandar presencia su aparición, lo aclama. El Fantasma nunca muere.

Son felices las pinceladas con que Falk adoba sus historias. Cuando el Fantasma va a América suele alojarse en casa de la tía Mildred, nunca resignada con la mala elección de su hermana; pero hay una ventana siempre abierta para él, y un cuarto con un jergón tirado sobre el suelo. Su perro no es un perro, es un lobo. Solo los Bandar saben que su carnadura es mortal, pero esa impostura colectiva y poco ética no parece molestarle. Como tampoco parece molestar a nadie, ni a *partenaires* ni a lectores, que detrás de

los agujeros de su antifaz haya solo un espacio en blanco. Otro *flashback*: en el siglo XVI, un futuro Fantasma fue enviado a Inglaterra para su educación. Una vez allí, mostró inquietudes artísticas que lo llevaron a enrolarse en la Compañía de Shakespeare, donde tuvo a su cargo papeles femeninos. Por cierto, sus aficiones histriónicas casi dan al traste con la diastia. Pero su padre llegó a tiempo, y lo rescató de los cómicos.

Venga aquí un paréntesis, casi para cerrar. Los *aggiornamentos* mencionados al comienzo de esta nota son visibles en las dos tiras de Falk, y son, *lato sensu* —o no tanto—, cautelosas políticas. El fortachón Lotario era el comienzo un criado de *Mandrake*, un semiesclavo africano, que vestía una corta chaqueta de piel de felino, unos calzones cortos, y se tocaba la cabeza con un fez; por lo demás, andaba siempre descalzo. En algún momento, el autor comprendió que era preciso cambiar esa imagen, opuesta al paso de, digamos, la Historia. Lotario adoptó ropas occidentales, lució camiseta y pantalones deportivos, y por supuesto, zapatos. Otros: se le regaló una novia, y supimos algún día que él era, allá en su lejania África, un príncipe. Pasó de criado a ser el mejor amigo del mago.

Y el Fantasma... Era en sus inicios amo y señor de las tribus que circundan su bien guardada Selva Profunda, todo ello comenzado siendo Asia y se trasladó paulatinamente a África. Cuando las vitaba, los honores que se le hacían eran los debidos a un jefe supremo. Una viñeta invaluable de los años cuarenta nos lo muestra sentado en una suerte de trono, mientras el jefe de la aldea, arrodillado frente a él, le besa las botas. Falk supo renegar a tiempo de esa situación degradante, y el Fantasma cambió su papel dictatorial por el de una especie de consejero, que dialoga con los caciques tribales acerca de los asuntos y problemas de sus respectivas comunidades. Se le oye, pero no por fuerza se le obedece. Tiene voz, no voto.

Last; but not least, la tardía boda del héroe con Diana Palmer es un importante acontecimiento, al que asisten entre otros el presidente Luaga y altos dignatarios africanos. El maestro de ceremonias es el venerable abuelo Mozz, encargado de presentar a los invitados. Al anunciar el arribo de *Mandrake* y Lotario —pareja cuya presencia allí, por supuesto, transgrede toda lógica—, se limita a decir: "Príncipe Lotario y amigo". Humor negro. ☺

¿Quiere contactarnos para un proyecto web?

Diseñamos, desarrollamos, asesoramos, aconsejamos, participamos en conferencias o hacemos proyectos conjuntos.



...Y no descartamos un saludo, un café, un vino o unas cervezas!

contacto@cohetec.net Cohete.net

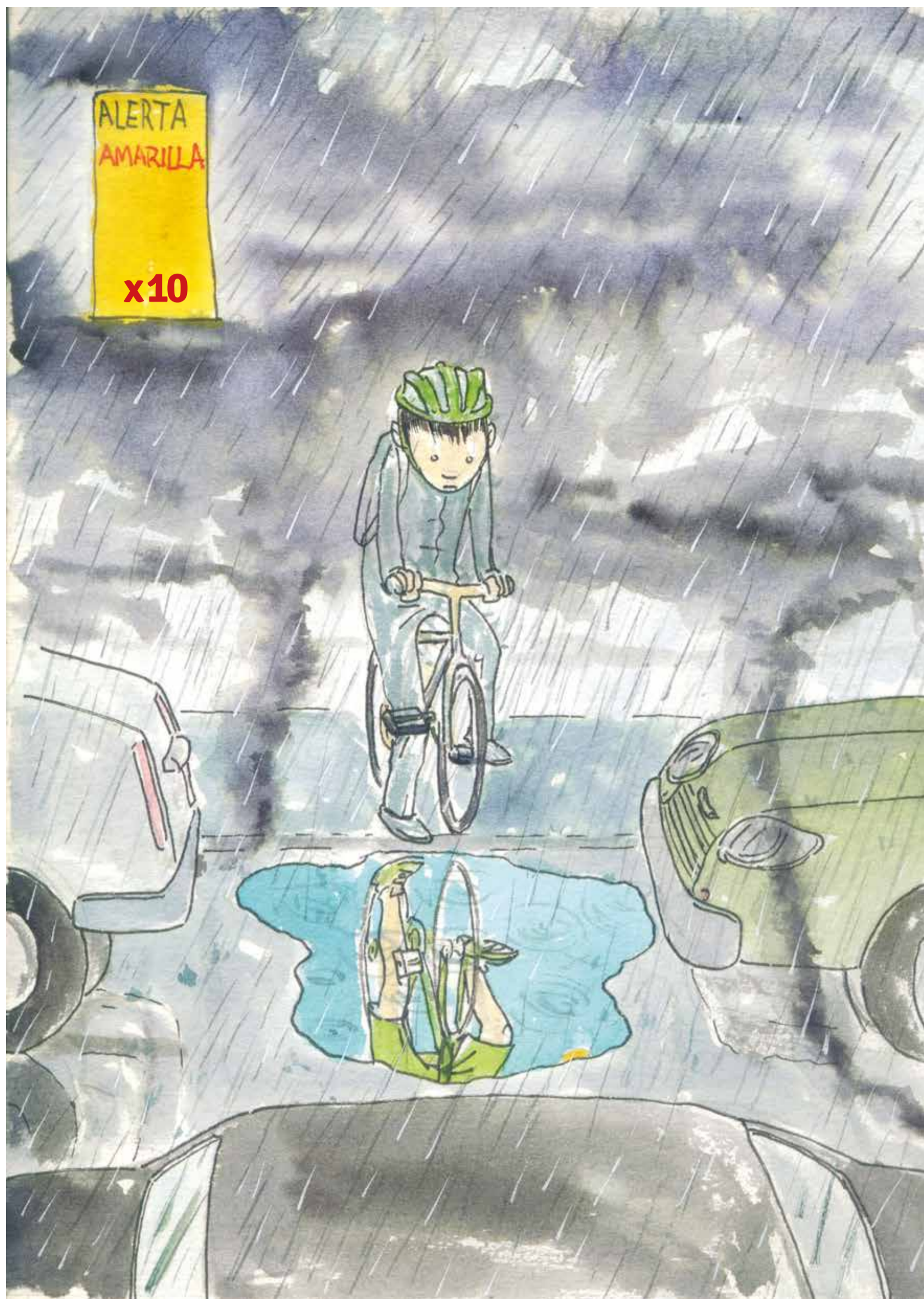
EMBUTIDO ARTESANAL

itaca

GASTRONOMIA PERSONALIZADA

Carrera 42 # 54-60





“Mami, ponete el cinturón de seguridad”



El uso **correcto** del cinturón de seguridad reduce el riesgo de **muerte** en **50%**

Fuente: Organización Mundial de la Salud (OMS)

**Salvamos vidas en la vía
Portate bien**

vartex **5** Muestra de video y experimental
Medellín, 24 al 28 de abril www.vartexmedellin.com

Organiza **cinéfagos.net** En asocio con Apoya



**¡BIENVENIDOS
INMIGRANTES!**

parque
explora

ÁGUILAS CUARESMERAS

En estos momentos vuelan desde Norteamérica y hacen escala en Colombia. Pueden llegar hasta Argentina en este viaje, uno de los más largos logrados por un ave rapaz.

También acogemos sábalos, polillas uranias, ballenas jorobadas, tortugas caná...



Conoce más inmigrantes
de la naturaleza en
#SeriesExplora

www.parqueexplora.org

epm[®]

PATROCINADOR DEL ACUARIO



ARGOS

PATROCINADOR DEL VIVARIO



Alcaldía de Medellín
Cuenta con vos